

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

EL DOLAR LO PUEDE TODO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

EL DÓLAR LO PUEDE TODO
(M. P. SAVAGE-15)

Colección ¡KIAI! n.° 58

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A,

BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

53 — En memoria de un budoka —*Lou Carrigan.*

54 — Pelotón Yankee — *Ralph Barby.*

55 — Muerte vestida de oro —*Curtis Garland.*

56 — La careta —*Clark Carrados.*

57 — El jardín de los suicidas —*Curtis Garland.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.878 — 1977

Impreso en España — Printed in Spain

3ª edición: enero, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Los ojos verdes, brillantes, amistosos y escrutadores que poseía Moses Pacific Savage se desplazaron por los rostros de las encamadas del hospital indochino.

Era la hora de la visita y algunas enfermeras, como no dando importancia a su presencia, como si estuvieran muy atareadas, iban de un lado a otro sonriendo a los visitantes que se interesaban por el estado de las enfermas; de esta forma, siempre se les podían encargar cosillas que luego redundaría en propinas o regalos.

Había llegado bastante gente a visitar a las enfermas que se hallaban en aquella sala, casi un centenar colocadas en cuatro literas. Todas las camas estaban ocupadas; algunas cubiertas con biombos de tela blanca, por encima de los cuales asomaban algunos soportes del gota a gota.

Las había moribundas; posiblemente, aquella misma tarde alguien se encargaría de cerrar algún par de ojos y meter un cuerpo dentro de un ataúd barato. Bueno, era la forma de llevárselas, porque antes de ocupar definitivamente el ataúd, pasaría por la sala de disección donde un médico daría clases prácticas de anatomía a sus alumnos. Les mostraría los órganos internos, abriendo en canal al cadáver como si fuera una res. ¿Cuánto durarían aquellas prácticas, cuántas miradas y dedos inexpertos penetrarían dentro del cuerpo inerte, en aquellos restos humanos que ya no podían defenderse?

Todos en la sala resultaban bajitos al lado de Moses Pacific Savage que aparecía alto, esbelto, casi arrogante, pese a que no había presunción en él. Su caminar era elástico, casi felino y a la vez elegante. Más que andar, semejaba deslizarse sin tocar el suelo, que sólo aparecía limpio en las horas de las visitas.

Al fin, se detuvo a los pies de una cama. Dos biombos, a derecha e izquierda de la misma, la aislaban del resto.

La mujer, joven, de rasgos orientales, tenía los ojos cerrados y respiraba débilmente. No tenía ninguna visita; estaba sola y parecía

como si las cosas le fueran mal.

Savage se acercó a ella; tomó la silla que había junto a la mesita y se sentó casi pegado a la cama metálica y blanca que posiblemente habría soportado en muchas ocasiones el dolor, el llanto, la soledad y la muerte.

Moses Pacific Savage miró el gota a gota y el largo tubo que terminaba en la aguja que penetraba en la vena del brazo de la muchacha asiática. Savage tomó su mano y se la acarició, pasando suavemente las yemas de los dedos por encima del dorso de la mano femenina. Llegó al pliegue de unión entre los dedos y prosiguió por las caras interiores de los mismos, empleando una gran delicadeza y sensibilidad.

—Hola, Savage —saludó ella, sin abrir todavía los párpados.

— ¿Me recuerdas, Taymi?

Ella abrió los ojos muy despacio, unos ojos rasgados y grandes, diferentes a los ojos de los chinos del Norte. Taymi tenía unos ojos grandes y oscuros, como la noche de la selva sur de Indochina.

—Taymi, un amigo me contó que estabas aquí.

—Sí, y por eso has venido.

—He venido porque yo tampoco te olvido, no puedo olvidar a un amigo.

—En este caso, una amiga —puntualizó ella, sonriendo débilmente.

—Para la amistad, como para tantas cosas, no puede haber diferenciación de sexos.

—Llegar aquí no es fácil, Savage. ¿Cuidarás de mi entierro?

— ¿De tu entierro? Vamos, que yo sepa no estás tan grave.

—Estoy grave y no saldré viva de este hospital, lo sé, y cuando haya muerto, cuando mi cuerpo todavía esté caliente, me diseccionarán, me harán pedazos. La verdad es que no me importa; que hagan lo que quieran de mis restos.

—Morirás, pero cuando llegue tu hora y si yo estoy cerca, no van a diseccionar tu cuerpo como diversión.

—Déjalos, déjalos, sí, después de todo, aprenden. Ya sabía cómo terminaría, más tarde o más temprano.

—Nadie sabe cómo va a terminar. Un soldado puede morir en la cama y un chupatintas totalmente destrozado, en una catástrofe o por un balazo perdido en la calle.

—No trates de darme ánimos, Savage. Yo escogí ser guerrillera, escogí luchar por lo que creía justo.

—Yo te propuse luchar por lo que es justo. ¿Recuerdas, Taymi?

—Sí y estuve un año en tu maravilloso Liberty Garden. Allí aprendí muchas cosas bellas, cosas magníficas, fraternidad entre los humanos sin distinción de razas, pero yo era más impulsiva, no podía luchar practicando la no violencia pese a que en Liberty Garden se aprende a

defenderse a través de las Artes Marciales Orientales.

—Sí, no es una escuela de guerrilleros ni mercenarios, es una escuela de fraternidad, de libertad, de amor, y como base hay que ser un buen budoka, aprender a controlar nuestro cuerpo y nuestro pensamiento. Parece difícil de entender para muchos que quien es un maestro en judo, karate o kendo, no lo es para ir golpeando a su prójimo como un matón al uso, sino que es simplemente, para evitar las peleas y defenderse si llega la circunstancia.

—Sí, sí, lo sé, por eso te pedí que me dejaras marchar de Liberty Garden. Sentí mucha vergüenza cuando me despedí de los demás budokas de Liberty Garden, mi deserción era como una traición y además, imperdonable. Se me daba amor y respeto, no se me negaba nada y tenía los mejores maestros que cualquier budoka puede soñar.

—Pero tú querías entrar en lucha, en tu país.

—Sí —admitió la hermosa y pálida asiática cuya cabellera espesa y negra caía sobre la almohada amarillenta por el uso y los malos lavados efectuados en la lavandería del propio hospital.

—Ya sabes cómo pienso, Taymi. No lucho por la política ni con los políticos; eso son problemas internos de cada país que ellos mismos deben resolver en sus propios parlamentos.

— ¿Y las dictaduras?

—Yo no me meto en esos asuntos; si hay una dictadura, es el pueblo sometido el que debe levantarse contra el dictador y si lo hace con la lucha de la no violencia como hiciera el Mahatma Gandhi en la India contra la opresión inglesa, tanto mejor. Mis reportajes son de denuncia, pero de hechos concretos, de corrupción pero no de política.

—Lo sé, Savage; también sé que en cada reportaje que haces te juegas la vida.

—Yo te respeto, Taymi. Luchas por tus ideales y tengo que admirarte y respetarte, pero en esa clase de luchas no me inmiscuyo como sí hacen los mercenarios, los soldados a sueldo que pelean en países que apenas conocen, de los que casi no han oído hablar. Esa clase de hombres me repugna.

—Sí, sé que estás en contra de los mercenarios, que los denuncias.

—Y no lo hago como un gesto político. Son hombres que matan por dinero, sin importarles bajo qué bandera; sólo les interesa el dinero que cobrarán por masacrar al prójimo. Matan por dinero, para ir cubriendo los pagos de un chalet que se han comprado en la Costa Azul, en Mallorca, en la Costa del Sol o en Miami; son tipos repulsivos que nada tienen que ver con la política, aunque sí son utilizados por ella. Yo sé que tú no luchas por dinero sino por los tuyos, Taymi.

—Últimamente hemos estado muy quietos mis amigos y yo, no

hemos hecho nada. Hemos permanecido pasivos para ver cómo se solucionaban las cosas después de la gran victoria del pueblo vietnamita sobre el imperialismo yanqui.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? Me refiero al hospital.

—Tengo enemigos, Savage, enemigos que no me perdonan y que no pueden llevarme a los tribunales como desearían. Estábamos tres amigos y yo en un patio, tratando de recomponer un coche averiado, pues últimamente no nos van bien las cosas, cuando por encima de la valla del patio nos echaron una bomba de mano.

—Comprendo.

—Mis tres amigos murieron. Yo, como estaba casi debajo del coche, no recibí la peor parte, pero tengo metralla en el abdomen, es decir, la tenía. Me llevaron al quirófano y me la quitaron.

— ¿Toda?

—Creo que sí. Lo más irónico es que, según la versión oficial de los hechos, habíamos encontrado una bomba de mano y manipulábamos en ella cuando nos explotó; un accidente, ¿sabes? —sonrió con sarcasmo—. Y nos la arrojaron por encima de la cerca. ¿No te parece que fueron un poco expeditivos?

—Demasiado, pero yo no puedo intervenir en esta clase de asuntos, Taymi. Hay gente que sí lo hace y a los cuales respeto.

—No te he pedido que busques a los culpables, a lo sumo terminarías encontrando al verdugo, al desgraciado que nos arrojó la bomba y es posible que sea un analfabeto que poco tenga que decir. No, no te pido nada y te doy las gracias por haber venido a acompañarme en mi agonía.

— ¿Tan segura estás de que vas a morir?

—Sí.

— ¿Por qué no cierran tus heridas; hay gangrena? Puedo llevarte a otro hospital de cualquier parte del mundo, con mi avión.

—Sé que lo harías, Savage, pero yo no saldré viva de aquí porque mis enemigos no quieren volver a verme viva. Esperan que muera y si sobrevivo, si mi cuerpo responde al tratamiento, se encargarán de que muera sin provocar escándalos, sin que nadie clame por mi asesinato.

— ¿Insinúas que hay aquí alguien que desea matarte?

—Sí. Soy una persona molesta para mis enemigos y sé muchas cosas. Ellos piensan que es preferible enterrarme, claro que si pudieran raptarme para aplicarme tortura y sonsacarme, mejor, pero ahora las autoridades no quieren líos. Desean dar otra imagen al mundo, los yanquis así se lo exigen. Hay demasiadas acusaciones de que los yanquis protegen a los dictadores. La ayuda americana es más generosa si no hay líos y luego se pueden llevar la gran tajada. —respiró hondo y prosiguió—: Hay dos hombres afuera vigilando todo el día y toda la noche, esperando que no salga viva de aquí. Son

como buitres acechando mi muerte y están conchabados con una enfermera. Estoy segura de que cuando ella vea la ocasión, buscará la forma de precipitar mi muerte y todos echarán tierra al asunto.

Moses Pacific Savage escuchaba, preocupado y silencioso.

—No te asesinarán, Taymi.

— ¿No? —volvió a sonreír, entre sarcástica y resignada—. Ha llegado mi fin. ¡Es tan fácil darme una inyección de aire o levantar un apósito y verter disimuladamente un par de gotas de un cultivo de virus infeccioso! ¿Quién podría impedirlo, quién iba a investigarlo luego? Mis amigos ya no pueden venir en mi ayuda. Unos han muertos, otros están lejos, las cosas no van bien aquí.

—Yo soy tu amigo y he venido.

Un enfermero alto, asiático como todos los que allí había, vestido de blanco y con la cabeza rapada y aceitada, hizo sonar un juego de cinco campanillas.

—Las visitas han terminado. Savage, tienes que irte. Gracias por haber venido. Cuando cierre los ojos por última vez, me llevaré la imagen de tu rostro conmigo, la llevaré metida en mi corazón y si creyera en los dioses, todos aquellos dioses grandes y pequeños, dioses generosos y dioses mezquinos, les hablaría de ti con lágrimas en los ojos suplicándoles que te protegieran.

—Gracias, Taymi, pero no será preciso que supliques ni llores por mí. No creo en la protección de los dioses; si me protegieran a mí porque les suplicase, querría decir que no protegerían a mí prójimo por salvarme a mí y eso no sería justo. Si los dioses son justos, no pueden proteger a nadie en particular para perjudicar a otros. La vida es como una carrera que todos nos empeñamos en ganar. ¡Qué triste sería que los dioses sólo protegieran al ganador!

Se inclinó y la besó en ambas mejillas, luego en la frente y descendió sus labios hasta los párpados cerrados de Taymi. Los besó mientras la campanilla seguía sonando insistente y las despedidas se hacían rápidas, entrecortadas, llorosas incluso. Taymi procuraba alargar, conservar en su piel el roce de los labios del hombre, para no olvidarlo, aunque la muerte se presentara de improviso para enfriar su cuerpo.

Taymi se sumergió en un profundo sopor donde su cuerpo se sentía libre, donde no había cadenas ni grilletes que la sujetaran dolorosamente porque no había dolor.

No había tristeza, había un cielo intensamente azul que poco a poco se fue haciendo blanco de luminosidad y, en medio, dos enormes esmeraldas que no tenían el tallado de la esmeralda, sino el de un brillante en el que todos los prismas refulgían en verde.

Extendió sus manos y acarició las gemas que despedían luz, una luz que la inundaba por completo haciéndola gozar de una gran paz

interior y a la vez una profunda excitación sensual. Sintió que flotaba y que se alzaba como dominadora de la levitación, por encima de aquellas dos extrañas esmeraldas circulares. Entonces, éstas comenzaron a girar como si fueran ruedas y se la llevaron lejos, muy lejos.

La paz del sueño se extendió por todo su ser, por sus ojos, por su mente, por su boca, por su cuello, por sus pechos, sus piernas, brazos y dedos.

—Estaos quietos, no seáis impacientes.

La voz había sido femenina. Taymi adquirió conciencia de que acababa de despertar, aunque todavía no hubiese abierto los ojos. Tenía a alguien cerca, muy cerca de su cama. Podía tratarse de una enfermera del turno de noche, quizá era la enfermera vigilante de sala, habituada a escuchar gemidos y a cubrir cadáveres con absoluta frialdad e indiferencia.

—Tenemos que confirmar su muerte —gruñó una voz masculina en tono bajo, como si mascara las palabras.

Taymi comprendió que había llegado su hora. Su muerte estaba decidida; apremiaba, quizá sólo porque los hombres encargados de asegurarse de que había muerto hicieran falta en otra parte.

Si se incorporaba para luchar contra los que llegaban para asesinarla, ¿qué conseguiría? No hacía más de tres días que pasara por el quirófano donde le fuera extraída la metralla. Tenía cosidas varias heridas; unos movimientos bruscos y saltarían los puntos, con la consiguiente hemorragia. ¿Acudirían los médicos en su ayuda? Taymi sabía que no. Ella estaba en la lista negra de los sujetos peligrosos para quienes gobernaban, por aquellos días. Todos los que se dieran cuenta de lo que iba a suceder se inhibirían del asunto. Allí en el hospital cada cual tenía su propio problema, incluidos los galenos.

— ¿Cómo vais a matarme? —preguntó de súbito, abriendo los ojos y con una desconcertante frialdad.

La enfermera asesina sostenía en su mano una jeringuilla grande, muy grande, veinte centímetros cúbicos, y nada dentro, sólo aire.

Todos quedaron sorprendidos. Sólo había encendido un pequeño foco adosado a la pared; luego, otra luz en la entrada de la gran sala, una sala de dolor, esperanza y desesperanza.

— ¡Qué tontería! Anda, cierra los ojos —le pidió la enfermera, que era mestiza de raza; posiblemente por sus venas corría sangre francesa además de la indochina.

Los dos hombres permanecieron callados, observando. Eran sendos asiáticos atléticos, muy fuertes, y se les veía ágiles. Más que observar, vigilaban a su víctima.

La enfermera le tomó el brazo izquierdo buscando en el pliegue del

codo, ya que en el brazo derecho tenía ensartada la aguja del gota a gota.

—Estate quieta y luego dormirás mejor —le dijo cínicamente la enfermera, dispuesta a inyectar veinte centímetros de aire en la vena del brazo de Taymi, veinte centímetros de aire que sentarían como una bomba dentro del corazón y el cerebro de la joven luchadora. Lo que no había conseguido la bomba explosiva iba a conseguirlo aquella jeringuilla.

La aguja buscó la vena. Taymi parecía resignada a su suerte y yacía, lánguida, en el lecho, escasa de fuerzas, debilitado su cuerpo. Mas en el último momento, y a sabiendas de que no escaparía de la muerte, quiso castigar a su asesina.

Su mano derecha, que semejaba sujeta por el tubo plástico del gota a gota, como si fuera la cabeza de una serpiente atacó de forma sorpresiva.

Se abrieron los dedos índice y corazón, y justo cuando la aguja se ensartaba en la vena y antes de que la enfermera lograra oprimir el émbolo de cristal, los dedos de Taymi alcanzaron los ojos de la asesina, que soltó la jeringa.

Con un grito de dolor y pánico, la mujer se llevó las manos a los ojos al tiempo que caía sentada al suelo. Por entre los dados que cubrían los ojos, escapó la sangre.

Los dos asesinos que tenían que dar fe de la muerte de Taymi se precipitaron hacia la joven que, en la brusquedad de su *ate* de karate, había arrancado la aguja del gota a gota; no obstante, la jeringuilla había sido clavada en la vena y no caía al suelo. La sangre de Taymi iba pasando al interior de la aguja y luego al cristal, empujando al émbolo y venciendo al aire porque no había fuerza que lo inyectara.

— ¡Auxilio, socorro!

Quien gritaba era la enfermera, con el rostro ensangrentado. No veía nada y jamás volvería a ver nada.

— ¡Cállate, estúpida! —masculló uno de los asesinos, aplicándole una *ashigatana* en la mandíbula que la dejó tendida boca arriba.

El puntapié la alcanzó de lleno, dejándola fuera de combate; ya no podía gritar más y la sangre continuaba manchando su rostro, desfigurándolo.

— ¡Aprisa, aprieta tú la jeringa! —ordenó uno de los hombres al otro, queriendo reemplazar a la enfermera asesina.

Taymi ya no podía defenderse, le fueron sujetados los brazos.

De pronto, sucedió lo inesperado para aquellos asesinos que gozaban patente de corso.

Una furia inesperada se filtró entre los biombos y lanzó su mano de canto, de arriba abajo *y* en dirección oblicua hacia la unión del cuello con el hombro del tipo que quería terminar el trabajo comenzado por

la enfermera, es decir, inyectar el aire asesino en la vena de Taymi.

El *shuto-uchi* golpeó con fuerza y el asesino desencajó su mandíbula de dolor, al tiempo que soltaba la jeringuilla y caía de costado.

— ¡Savage! —exclamó Taymi en voz baja, apenas sin fuerza, al reconocer al recién llegado que salía en su ayuda, al hombre que intentaba evitar que fuera asesinada, de que la muerte se la llevara y a las pocas horas fuera depositado su bello cadáver sobre la fría losa de la sala de autopsias para comenzar a ser descuartizada, con una mezcla de interés por aprender y un soterrado sadismo, que haría temblar los dedos de los jóvenes estudiantes. No era fácil que cayera en sus manos un cadáver tan joven y hermoso como el de Taymi; pero había llegado Savage golpeando con fuerza para impedir lo que ya la propia víctima daba por hecho.

El otro tipo desnudó la hoja de una navaja automática. El *clic* sonó siniestro y luego la hoja, en un ataque rápido, buscó el pecho de Savage.

La mano de Savage asió la muñeca armada, se la retorció, haló del brazo y le aplicó una proyección que entró con facilidad. La *Kata-Seoi* hizo que aquel tipo saliera volando, para caer contra los hierros de otra cama. La mujer que yacía en la misma lanzó un grito de terror al temblar todos los hierros. Luego el asesino, como partido en dos, rotos sus huesos, cayó al suelo desarticulado.

El que había recibido el *shuto-uchi* entre el cuello y el hombro comenzó a recuperarse, mas M. P. Savage quiso terminar el asunto y lo zanjó con un *uraken.* El puñetazo dio de lleno en la oreja de aquel asesino despiadado que trataba de rematar a una mujer indefensa, casi agonizante. Se escuchó un crujido de huesos y la cabeza rebotó contra el suelo.

—Tranquila, Taymi.

—Savage, no podrás hacer nada —musitó la joven.

Lo primero que hizo Savage fue arrancar la jeringuilla y cayeron varias gotas de sangre al suelo. Luego, arrojó la jeringuilla clavándola en la espalda del que había quedado a los pies de la cama, en la otra hilera de pacientes.

—Déjame hacer a mí, Taymi.

Le apartó el gota a gota y la envolvió en una sábana, alzándola entre sus brazos, con cuidado.

Taymi, muy débil, después de llenar sus ojos y su mente con el rostro de Savage, perdió el sentido y sus brazos se deslizaron, exánimes y pálidos en el color de su piel.

Savage, procurando no forzar la postura de la joven, evitando cualquier contracción que abriera las heridas causadas por la metralla de la bomba de mano que le arrojaran, pasó entre las hileras de

camas donde las pacientes les observaron con ojos atónitos, cargados de admiración y también con algo de envidia. Ellas no tenían la suerte de Taymi de que un hombre como Savage, de su estatura, de su virilidad, de su fuerza y elasticidad, las cogiera entre sus brazos y las arrancara de aquel lugar, que más que un hospital era la antesala del infierno.

Aguardaba afuera un automóvil mortuorio, un coche macabramente largo. En su plataforma de transporte había un féretro sin tapa y al volante se hallaba Juanito Chancleta.

— ¿Todo bien, Savage? —preguntó el joven portorriqueño.

—Sí, Juanito, todo bien. Mejor hubiera sido encontrar una ambulancia; pero a falta de pan, buenas son tortas.

Depositó a Taymi dentro del ataúd y sujetó la caja con las correas, para que no se desplazara. Pasó al asiento junto a Juanito y ordenó:

— ¡Rápido, es posible que nos busquen!

— ¿Has tenido que pegar duro? —interrogó Juanito, metiendo la primera marcha y haciendo rugir el motor del coche fúnebre.

—Sí, iban a asesinarla. Taymi no estaba equivocada. Vamos a buscar el reactor y la llevaremos a Liberty Garden, para que pueda reponerse.

— ¿Está grave?

—Sí.

— ¿No sería mejor llevarla a algún hospital?

—Es posible, pero como ya ha pasado por el quirófano, ahora se trata de recuperarse y lo que más falta le hace es tranquilidad y seguridad, y para eso nada mejor que Liberty Garden.

Con los faros apagados, se alejaron del área del hospital antes de que se diera la alarma y avisaran a la policía.

El vehículo mortuorio se disolvió en la noche llevando a Taymi metida en el confortable ataúd sin tapa.

CAPÍTULO II

Los pies de Taymi se deslizaban, suaves y ágilmente felinos, sobre el *tatami* del gran *dojo* de Liberty Garden.

La lona era verde y en su centro se hallaba bordada, luminosa, la flor del cerezo, símbolo de los samurai.

Sobre los cabellos de la joven, intensamente negros y largos, había un cielo nítido y azul con un sol que todo lo iluminaba, esparciendo esplendor.

Taymi vestía *karategi* con cinturón negro, como le correspondía, con tres pasadores, ya que era tercer dan de karate.

Frente a Taymi había otra karateka, una espléndida escandinava rubia y mucho más alta que la joven indochina. Su cinturón negro tenía cuatro pasadores.

Las dos muchachas estaban enfrentadas en competición, marcaban los *ates,* pero sin llegar a golpear a su adversaria. Ambas se deslizaban y giraban sobre sí mismas, marcaban los impactos con manos, pies, rodillas y codos. No había árbitro y apenas media docena de observadores.

Los demás internos de Liberty Garden se hallaban practicando en otros *dojos:* judo, karate, Tae Kwon Do, Kung Fu, kendo, etc. Incluso los había practicando kyudo. Los arcos de dos metros veinte centímetros se tensaban y las flechas se disparaban con extremada precisión, para lo cual era necesaria una perfecta coordinación de mente y cuerpo y la identificación absoluta del arquero con la diana, colocada a unos sesenta metros de distancia.

Otros muchachos permanecían en el Templo de las Meditaciones, abierto a todas las creencias y aglutinando a todos los seres que allí se acogían, pensaran como pensasen y sin importar su raza, sexo o condición.

Las palomas revoloteaban sobre la amplísima y gran cúpula circular, cóncava exteriormente y convexa interiormente. En aquel singular templo, el agua se deslizaba entre las piedras como brazos no más anchos de un palmo, formando entramados entre cuyos limpios canales se deslizaban pequeñas carpas reales y carpines cola

de velo, sin temor a ser molestados. Aquel templo carecía de paredes, paredes que podían significar aislamiento del exterior. Era todo techo, todo cúpula, sostenida por columnas altas y estilizadas. De esta forma la vegetación, cuidada y exuberante, se internaba en el propio templo formando parte de él.

Había también jóvenes que sorbían el contenido de los libros que tomaban de la biblioteca abierta de Liberty Garden; otros se hallaban en los talleres bien equipados pero de mentalidad artesana, donde lo mismo se podía construir un automóvil que un simple grifo, todo de forma personal, nada de sistemas en cadena. Cada pieza era torneada, fresada y bruñida en sí misma.

Liberty Garden, fundado por Moses P. Savage y mantenido con el dinero que éste obtenía con sus reportajes, era la universidad de los budokas que tenían *Do.* Eran los jóvenes que lucharían sin violencia por un mundo mejor, arremetiendo contra la corrupción política y económica, la tiranía de los poderosos, la Mafia, el crimen organizado, los sicarios a sueldo, tantas y tantas lacras que debían ser descubiertas para que el mundo luchara contra ellas aplicando las leyes que generalmente sólo caían pesadamente sobre los débiles, sobre quienes carecían de poder económico, pues los poderosos solían escabullirse de las leyes que, por otra parte, ellos mismos legislaban. Allí, muchachos y muchachas, con los mejores *senseis,* con un espíritu abierto y un gran sentido de fraternidad universal, aprendían y se perfeccionaban día a día.

Las dos karatekas se movían sobre el *tatami* del gran *dojo* de Liberty Garden como dos danzarinas de ballet pudieran hacerlo en el escenario del Metropolitan Opera House de Nueva York o el Scala de Milán.

Por encima de sus cabezas se escuchó el ruido de un reactor y ambas muchachas se detuvieron a un lado y a otro de la flor del cerezo que centraba el tapiz del *dojo.* Miraron hacia el cielo; sólo un avión solía cruzar el espacio aéreo de Liberty Garden, aquel lugar maravilloso pero secreto en su ubicación; tan secreto, que ni los mismos que se hallaban en él, convirtiéndose en los mejores budokas, lo conocían. Sólo sabían que tenían el océano al lado, pero ignoraban qué océano era y sí sabían que el clima era templado, sin ser tropical.

El *Spirit of Samurai,* nombre de la «Piper-Jet» propiedad de Savage y que él mismo tripulaba, efectuó un círculo por encima de Liberty Garden y después descendió, perdiendo altura y velocidad, en busca del pequeño y camuflado campo de aviación que Savage conocía muy bien. Por supuesto, allí no habría podido tomar tierra un gran «Boeing», pero sí una pequeña «Piper-Jet» de seis plazas como era la *Spirit of Samurai.*

El anciano *sensei* que conducía moralmente Liberty Garden fue a

recibir a Savage acompañado de otros maestros del lugar, cada uno especializado en técnicas distintas para que los discípulos pudiera llegar al máximo, en cada una de las especialidades.

— ¿Cómo ha ido todo, Savage? —preguntó el anciano *sensei.*

—Bien, bien. Conseguí hacer un reportaje denuncia contra un alto cargo del FBI que utilizaba a unos ex Boinas Verdes para sus fines lucrativos particulares. En fin, un asunto sucio que titulé *Pelotón Yanqui.*

— ¿Y terminó bien?

—Siempre que el mal y la corrupción caen, es que termina bien, *sensei.*

—Eso debía habértelo dicho yo.

—Sólo he tratado de expresar lo que creía que ibas a decir, *sensei.*

—Eres un pillo, Savage.

— ¡Ho-ho-hola!

Todos se volvieron hacia Ricky, que acababa de descender de la «Piper-Jet». Sus ciento ochenta kilos de peso aplastaron la hierba y su gigantesca estatura, de dos metros diez, hacía ver todavía más pequeños al *sensei* y los demás maestros de Liberty Garden que habían acudido a recibirles.

Ricky cogió al *sensei* casi sin ningún respeto *y* lo alzó por encima de su cabeza.

—Muchacho, vigila tu fuerza que yo ya no puedo vigilar mis huesos —recomendó el anciano, cargado de sabiduría y experiencia.

Ricky sonreía como casi siempre, gozoso. Parecía el hombre más jovial que hubiera sobre la superficie del planeta Tierra. Ricky se comportaba como un niño gigantesco y a ello colaboraba su tartamudez, habitual siempre que no hablaba en japonés, la lengua que había mamado. No era muy bueno para los idiomas; sin embargo, poseía una inteligencia muy por encima de lo normal. En varias ocasiones había competido con calculadoras para resolver problemas matemáticos y las había vencido. Por si fuera poco, era un sumotori, varias veces campeón, y también había practicado el kempo.

Cuando luchaba, pese a su sonrisa, era de temer debido a su masa y a su gran fuerza, más propia de un elefante.

Para luchar a distancia, si la situación lo requería, era muy diestro en el lanzamiento de los *shuriken,* que siempre solía llevar consigo. Eran pequeños discos circulares sin ser estrellados y, por supuesto, no se hallaban envenenados como solían envenenarse las puntas de otros *shuriken* que lanzaban expertos en esta técnica oriental.

— ¡Ricky, cuidado, que nadie iba a perdonarte si dejas a Liberty Garden sin nuestro *sensei*!

Ricky depositó al anciano con sumo cuidado sobre la tierra cubierta de hierba, y preguntó:

— ¿Fa-falta mu mu-mucho para co-comer? No llevo re-reloj...

—Será mejor que vayas tú mismo a la cocina, Ricky —le recomendaron—. Si los discípulos te ven comer, se van a asustar.

M. P. Savage, colocándose junto al *sensei,* por el que sentía un profundísimo respeto, le preguntó:

— ¿Cómo está Taymi?

—Muy bien, es una muchacha de gran vitalidad. Se ha recuperado mejor de lo que esperábamos; los doctores le hicieron una buena operación.

—Pero aquí se ha recuperado rodeada de paz.

—Eso es cierto, Savage. Su sangre estaba intoxicada, se hallaba muy débil y su aura se veía afectada. Creo que lo mejor que pudiste hacer por ella fue traerla a Liberty Garden, aquí se ha sentido segura y se ha recuperado perfectamente.

— ¿Y su comportamiento?

—Muy bueno. No hay que olvidar que Taymi pasó un año aquí y conoce bien Liberty Garden y sus reglas de amor y respeto por el prójimo. No es como algunos que llegan dejando atrás una vida salvaje en el asfalto de las grandes metrópolis y que no entienden que dar es mejor que recibir.

— ¿Ha pasado por el Templo de las Meditaciones?

—Sí.

—Taymi me preocupa. Esta vez se ha salvado, pero ¿y la próxima?

—Debemos respetar sus ideas, Savage; ésta es una de nuestras normas, aunque no preparemos a los budokas para pelear en la forma que Taymi lo hace.

—Es una guerrillera.

—Da su vida por su lucha, por cambiar el régimen político de su país y en ese asunto tan importante para ella no debemos mezclarnos.

—Lo sé, *sensei,* lo sé. Somos apolíticos, atacamos a los tiranos y a los corrompidos, pero de una forma personal y no a sus ideas políticas.

—Todas las ideas pueden ser buenas o casi buenas en teoría, lo malo son los hombres que las llevan a la práctica.

—No tengo derecho a hacerla cambiar; además, creo que su pueblo la necesita.

—Lo mejor que puedes hacer por Taymi es regresarla adonde ella te pida. No te enfrentes a ninguna ley o milicia establecida ni a ningún grupo guerrillero en rebeldía. Si puedes ayudaría en algún hecho abstracto y concreto, algo personal, hazlo, pero no olvides que no debes ganar batallas, sino Simplemente realizar reportajes de denuncia. Eres un *free-lance,* el reportero más cotizado por las cadenas de televisión, radio y prensa del mundo. Sigue tu camino

como hasta ahora, Savage, y no lo tuerzas. Taymi es muy hermosa y capaz de hacer cambiar de camino a un hombre si se lo propone.

—Lo sé. ¿Dónde está ahora?

—En el *tatami* del gran *dojo.*

—Iré a verla.

— ¿Practicarás un poco? Los discípulos están esperando siempre verte en el *dojo.*

—De acuerdo, iré a ducharme y luego saldré al gran *dojo.* Sólo permaneceré unas horas en Liberty Garden, tengo que dar órdenes a un mercante que nos trae suministros.

— ¿Se acercarán aquí?

—No. Dejarán los suministros flotando en el punto que les he indicado y saldremos a medianoche para enganchar las bolsas de plástico. Cuando haya arrastrado los suministros hasta aquí y los tengáis en vuestro poder, me marcharé.

—Lo que desees, Savage.

—Luego hablaremos de los discípulos más aventajados y la posibilidad de reintegrarlos al mundo, para que lleven a cabo su labor luchando contra la injusticia y defendiendo a los débiles y oprimidos.

M. P. Savage estaba ansioso por volver a ver a Taymi. Tras rescatarla del hospital oriental, la había llevado en avión a Liberty Garden, y aun a sabiendas de que la había dejado en las mejores manos, temía por la vida de la hermosa indochina que consagraba su vida a luchar por sus ideales. Ahora, Savage ya sabía que Taymi se había recuperado perfectamente.

M. P. Savage abrazó por el camino a cuantos se encontraba. Para todos era una alegría verle de nuevo, pues todos sabían que Moses Pacific Savage se jugaba la vida en cada reportaje que acometía y, por si fuera poco, siempre estaba amenazado por los sicarios de la Secta del Dragón Bicéfalo, la organización criminal que recibía dinero por matar a Savage, dinero que pagaban todos aquellos que habían sido denunciados por Savage a causa de sus crímenes y corrupciones.

En cualquier momento, en el instante menos pensado, uno o varios sicarios de la Secta del Dragón Bicéfalo podía caer sobre él y asesinarle, pues ya lo habían intentado sin éxito en múltiples ocasiones, y no se daban por vencidos.

Cada visita que hacía a Liberty Garden podía ser la última y todos lo sabían, incluido el propio Savage, que era el que menos importancia daba a lo que pudiera ocurrirle.

Se duchó con agua muy fría y luego, ya totalmente limpio, se vistió con su *judogi* particular, un *judogi* que por su color nada ortodoxo no podía participar en competiciones oficiales; mas ello no era problema, ya que Savage nunca participaba en competiciones oficiales ni en el

gran Kodokan de Tokio o en las Olimpiadas.

Si luchaba públicamente, lo hacía como exhibición y por ello se permitía utilizar aquel *judogi* de color violeta con la flor del pensamiento bordada, en dorado, en la espalda. No llevaba pasadores en su cinturón negro, pese a que podía hacerlo, pues poseía categoría de varios dan en cada una de las técnicas que practicaba.

Cuando subió al *tatami* del gran *dojo,* observó que gran parte de los miembros de Liberty Garden habían ocupado los bancos de madera para presenciar la exhibición de Savage, el Star-Budoka al que pretendían igualar y seguir su mismo camino.

Desde lo alto del *tatami* que se hallaba sobre un tablado lo suficientemente amplio como para que si un budoka era desplazado fuera de la lona no cayera al suelo, salvo que se tratara de una proyección muy violenta, con sus ojos intensamente verdes, Savage observó a Taymi, que había ocupado uno de los bancos.

La joven seguía vistiendo el *karategi* blanco, pues de color sólo era el de Savage. Muchos de los discípulos que estaban en Liberty Garden vestían un sencillo *sari* de ropa cruda.

—Hermanos —saludó Savage, dirigiéndose a todos—, me gustaría que subieran al *tatami* aquellos que hayan alcanzado su último dan en karate, judo o Tae Kwon Do en los últimos dos meses. Practicaremos un poco, pero andad con cuidado, que yo no estoy todo lo en forma que debiera.

Hubo sonrisas y murmullos.

Fueron subiendo al *tatami* muchachos y muchachas que enfrentaron sus habilidades con M. P. Savage, en distintas técnicas de las Artes Marciales Orientales.

Savage era consciente de la gran técnica y habilidad de aquellos jóvenes preparados por los escogidos maestros que habían accedido a permanecer en Liberty Garden.

Los combates fueron nobles, no hubo argucias sino una gran limpieza, como correspondía a auténticos budokas. No se trataba de peleas callejeras, combates amañados de boxeo ni nada por el estilo. Tampoco era cuestión de ganar ni perder, simplemente de realizar, con la máxima perfección, cada uno de los movimientos, proyecciones, inmovilizaciones o golpes. Era superarse a sí mismos y no al contrario.

M. P. Savage, sin arrogancias ni exhibicionismos gratuitos, demostró su alto grado de preparación en cada una de las técnicas.

Además de haberse sometido a una gran disciplina para aprender, Savage poseía, de forma innata, unas cualidades físicas nada comunes. Y por si faltara poco, sus maestros, los grandes *senseis,* los practicantes de Zazen, los *gurus* y *yogis,* habían agudizado

extraordinariamente sus sentidos, la vista, el tacto, el oído, y hasta un sexto sentido que le permitía prever un peligro que estuviera a su espalda, captando la presencia, el calor del atacante, su nerviosismo, la intensidad de su mirada... Era casi— como si tuviera ojos en la nuca, y esto había sorprendido a muchos enemigos que habían tratado de atacarle traidoramente.

Savage jamás buscaba efectismos, sólo quería que aquellos a quienes llamaba hermanos y que habían sido escogidos por él para que se formaran como budokas en Liberty Garden, aprendieran el máximo posible.

— ¡Hermanos! —comenzó Moses Pacific Savage, dirigiéndose a todos en general—. Mi espíritu, todo mi ser, se llena de gozo al veros de nuevo y comprobar que vuestros progresos son constantes. Liberty Garden no es un refugio, es una escuela libre para los que aquí estáis. Si alguno quiere marcharse, sólo tiene que decírmelo y cuando me vaya, que será dentro de unas pocas horas, le llevaré conmigo al lugar que prefiera. —Hizo una pausa para puntualizar—: Lo digo sólo para los que quieran abandonar este lugar y saben que nadie les reprochará nada.

Miró a todos, casi rostro por rostro, y nadie hizo el menor gesto pidiendo marcharse.

—Los que crean que ya están a punto para reintegrarse al mundo como verdaderos budokas, con el verdadero espíritu de Liberty Garden, que consulten con *sensei.* Hay que dejar la precipitación fuera, lejos de nosotros. Sé que muchos estáis impacientes para entrar en la lucha por un mundo mejor y combatir todo lo desagradable que oprime, explota y asesina al débil; pero la lucha no es fácil. Algunos de los que ya han salido de aquí han muerto y os pido que cada uno de vosotros, a vuestra manera personal, cada cual en su religión o forma de pensar, oréis por los desaparecidos, que estoy seguro que si regresaran a la vida volverían a hacer lo que hicieron. El espíritu de Liberty Garden no teme a la muerte porque la muerte es el fin lógico de la vida. Se nace para morir y morimos un poco cada segundo que pasa; por lo tanto, la Muerte sólo puede acortamos la vida si nos sorprende en la juventud. Alargar la vida para vivir con mezquindad o esclavizado, no merece la pena. Creo que me estoy alargando; todo lo que os digo ahora lo sabéis ya muy bien. Que la paz y el amor sea con todos nosotros y que seamos capaces de llevarla a nuestro prójimo allá donde quiera que esté.

Saludó con una profunda inclinación de cabeza y tronco.

Los miembros de Liberty Garden se pusieron a su vez en pie y correspondieron al saludo en la misma forma. Después, abandonaron los bancos de madera en silencio para regresar a sus respectivas ocupaciones, ocupaciones que nadie les imponía y que ellos escogían

según su propio gusto y habilidades, o incluso contrarias a las mismas para autoimponerse disciplinas que domeñaran su carácter.

Taymi no se había alejado, aguardaba frente al *tatami* porque sabía muy bien que Savage quería hablar con ella.

— ¿Cómo están tus heridas, Taymi?

—Muy bien, Savage... —respondió ella, sonriente—. ¿Deseas verlas?

—Habrá tiempo para ello, y si tú dices que están bien, no tengo por qué dudar.

—Siempre tan ceremonioso, Savage, y tan directo. En ti se funden las dos tendencias, la asiática y la occidental. Me gustaría saber si eres japonés o americano blanco.

—Eso se pregunta mucha gente; por lo visto, los rasgos de mi rostro y el color de mi piel no lo dejan muy claro.

—Podría decirse que tienes rasgos asiáticos, pero esos ojos tan verdes y tu piel tostada por el sol... No, no puede saberse. Es muy posible que ambas sangres corran por tus venas.

—Sí, es posible. Me alumbraron en un lanchón neumático de la Air Force USA en medio del océano Pacífico, pero todavía no sé si mi madre era japonesa y mi padre un militar norteamericano, o bien mi madre era una blanca que había tenido que ver con algún varón japonés.

— ¿Hay posibilidad de que algún día lo sepas?

—No lo sé. Sólo hay un hombre que lo sabe, un anciano que lo último que hizo antes de que el sol y la sed arrancaran la cordura de su mente fue ayudar a mimadre a que yo naciera. Por eso mi flor es la del pensamiento, la flor del recuerdo hacia lo que desconozco, el recuerdo que el anciano ex enfermero no logra coordinar de lo que fueran mis padres. En fin, creo que estoy hablando demasiado de mí. ¿Me acompañarás esta noche?

— ¿Quieres pasear por Liberty Garden?

—Hemos de ir a recoger unos suministros con la lancha.

—Lo que tú digas, Savage; pero ¿y luego?

— ¿Luego? Ya... ¿quieres regresar a tu país?

—Sí. Liberty Garden es magnífico, pero yo estoy implicada en una lucha nacional en la que tú no puedes participar.

—Es cierto. Te llevaré al lugar que me pidas, Taymi.

—Gracias, Savage, gracias por salvar mi vida, gracias por traerme aquí. No te engaño, si te digo que muchas veces he sentido nostalgia del año que pasé aquí, de la paz que a todos los que aquí están les invade y rodea.

—Lo creo, Taymi. Yo mismo, cada vez que me alejo de Liberty Garden, siento esa misma nostalgia, pero no estamos aquí para refugiarnos y huir del resto del mundo; eso sería una cobardía que no

cabe en ningún espíritu de los que pasan por este lugar. Aquí se preparan, se refuerzan en sentimientos, en carácter, en amor y en lucha, para luego regresar al mundo al que pertenecen.

Aquella misma noche, la lancha rápida y poderosa estaba dispuesta para zarpar.

Ricky, Taymi y M. P. Savage subieron a bordo y el potente motor comenzó a trepidar. Savage pilotó la nave, que puso proa a mar abierto, alejándose de la bahía en que se ubicaba Liberty Garden.

El acero de la quilla cortaba el agua con seguridad y tras la nave quedaba una estela que reverberaba la luz de la luna y el punteado brillante de las estrellas que guarnecían por entero el manto, negro y aterciopelado de la noche.

Cuando hubo marcado la ruta, colocó el piloto automático y regresó a cubierta. Taymi estaba acomodada en una silla-hamaca. Casi justo en la popa donde ondeaba una extraña bandera, pues era de color violeta con una flor de cerezo en su centro, Ricky se hallaba concentrado en Zazen. Sus ojos parecían cerrados, aunque una ligera línea separaba los párpados, como para mirar entre ellos. Su rostro se veía plácido y sonriente, como era habitual en él. Su enorme humanidad descansaba, se relajaba.

Acostumbrado el mundo a ver a los japoneses como seres físicamente pequeños, delgados, nerviosos, muy ágiles y con grandes gafas, la figura de Ricky sorprendía, pues, siendo un japonés puro, no encajaba con ninguna de las medidas antropométricas del arquetipo conocido.

—No me has contado nada de tu vida sentimental, Taymi —le dijo Savage, sentándose junto a ella.

— ¿Te interesa?

—Me interesa la vida de todos mis amigos, pero si no me quieren contar nada, no me molesta. Quizá estoy abusando de la amistad al preguntarte. Perdona mi intromisión en tu vida privada.

—Vaya, sale la vena de tu espiritualidad oriental, aunque en otras ocasiones eres el occidental agresivo.

—No quisiera ser agresivo.

—No puedes evitarlo, por más Yoga y Zazen que practiques. En tu agresividad eres un americano, sólo que eres mejor que muchos americanos, porque tienes además la sabiduría, la concentración y el autodominio de Oriente.

—Como dirían mis hermanos japoneses, sólo soy la más pequeña, la más humilde hormiga de la colonia que trata de llevar su carga para colaborar a la subsistencia y desarrollo de la comunidad.

—Muy hermoso. Yo también trato de hacer lo mismo y sé en qué humilde colonia he de cooperar hasta dar la vida si es necesario.

—Eres una luchadora total, Taymi. Jamás podrás entregarte a un

hombre que, a su vez, se entregue a ti para siempre.

—Eso me hace recordar que un hombre, en determinadas circunstancias, me dijo algo parecido respecto a sí mismo. Me dijo que se debía a una causa, a su prójimo, a los que necesitaban su ayuda y que, por lo tanto, no podía entregarse totalmente a una mujer para conseguir su propia felicidad, porque ello sería el exponente de un desaforado egoísmo.

Savage inclinó ligeramente la cabeza y admitió:

—Tienes razón. Yo te dije eso y no lo olvido. Muchas veces he tenido que vencer mis propios sentimientos para seguir adelante.

—Ha habido otras que, como yo, han tenido que oír esas palabras salidas de tu boca.

— ¿Para qué mentirte? Sí, Taymi, ha habido otras.

— ¿Blancas o asiáticas?

—Creo que de todas las razas.

— ¿Enamoradizo?

—No puedo evitarlo; cuando amo, amo intensamente.

—Pero luego, cuando te despejas, se te pasa aprisa.

— ¿Me lo reprochas?

—No, no sería justo. Yo también me he sentido inclinada a amar, sobre todo en momentos difíciles en que he notado la puñalada de la soledad en mi pecho y en mi vientre. Después he reaccionado y he vuelto a ser yo misma; sin embargo...

Ante un silencio leve pero que pareció prolongado, Savage invitó a Taymi a proseguir:

—Tú dirás.

—Me gustaría saber si tus besos continúan teniendo la intensidad y la profundidad que yo no he podido olvidar.

Savage se inclinó sobre ella. Le cogió parte del cuello y la mandíbula con la mano izquierda, y encontró con su boca unos labios que le esperaban, más que eso, le estaban reclamando.

Algo más de tres horas después, el yate se detenía junto a unas bolsas gigantes que flotaban. Eran de plástico negro, nada fáciles de descubrir, unidas unas a otras y que contenían los suministros requeridos por Savage para abastecer el secretísimo Liberty Garden y evitar su destrucción por parte de quienes eran enemigos de la verdad.

Savage y Ricky engancharon el primero de los fardos, al cual habían llegado gracias al conocimiento exacto del lugar que tenía Savage. Amarraron al potente yate aquella especie de morcilla gigante y la nave avanzó de nuevo, a la máxima potencia pero mucho más lentamente, para retornar a Liberty Garden y empujar las grandes bolsas flotantes hacia la playa, donde al amanecer serían recogidas por los budokas del mañana.

CAPÍTULO III

Habían dejado al sur el golfo de Siam y por una maltrecha carretera se internaban por la exuberante vegetación del oeste de Indochina.

M. P. Savage conducía el *jeep* que habían alquilado. Taymi viajaba junto a él y atrás iba Ricky. El motor era potente y las ballestas, resistentes, no parecían acusar el gran peso del gigante japonés.

El terreno no estaba muy blando, no había llegado el monzón y las lluvias no habían dejado impracticables muchos de los caminos y carreteras.

Taymi devoraba con sus grandes ojos oscuros aquellas selvas que amaba. Era su tierra, sus árboles, su cielo, su aroma.

Siguiendo el mapa que Taymi llevaba consigo, indicó a Savage por donde debía de circular. Así, salieron de la carretera para introducirse por un angosto camino que tenía huellas de pesadas rodadas que no eran fáciles de eliminar, huellas que no desaparecerían hasta que llegaran las lluvias y lo embarraran todo.

— ¿Va a ser tu refugio el templo de Kwan Wing?

—Puede —respondió Taymi a Savage, que conducía rápido el *jeep,* pese a que el sedero de tierra no tenía nada de plano y las rodadas marcadas resultaban demasiado amplias y separadas entre sí para que encajaran en ellas las ruedas del *jeep.*

—Han debido pasar por aquí mu-mu-muchos ca-ca-miones —observó Ricky, que iba ladeado como el propio *jeep,* que hundía las dos ruedas de un lado en las profundas rodadas y las otras dos quedaban más altas.

— ¿Es el lugar de encuentro con tus camaradas, Taymi? —le preguntó Savage.

—No, todavía no me pongo en contacto con ellos. Deben de creerme muerta después de tanto tiempo de no saber de mí, y de mi extraña desaparición del hospital.

— ¿Quieres reencontrarte contigo misma?

—Sí, en Kwan Wing hallaré la paz. Es un templo muy hermoso y antiguo, tiene más de dos mil años. No es como uno de esos templos de madera que acaban desapareciendo. Kwan Wing se construyó en piedra y si es tan poco conocido por el mundo es debido a que se halla en medio de la selva indochina. Milenios atrás debía haber grandes calzadas para las peregrinaciones, pero luego cayó en el

olvido, quién sabe por qué, y la selva invadió las calzadas, cercó el templo y lo ocultó porque tampoco es tan grande como los templos importantes de Bangkok, Vientiane, Katmandú o Pnóm Penh; no es como los templos de las grandes ciudades, pero es muy hermoso y valioso. Muchos campesinos pasan por ese templo; es verdaderamente propiedad del pueblo y para el pueblo, y como monumento antiguo es una joya.

—Sí, no me detuve mucho aquí, pero una vez que pasé y lo visité me pareció espléndido en su sencillez de líneas.

—Es uno de los primitivos templos budistas, cuando el budismo se extendió por Indochina.

—Recuerdo que la estatua de Buda era como de unos diez pies de alta.

—Sí, la estatua es de bronce, con algunas aplicaciones de oro que el pueblo jamás ha osado profanar. Cuentan que en los días de dolor y tragedia, en los días de grandes guerras, el bronce de Buda suena como una campana bronca y lejana que quisiera llamar a la paz y al orden, mientras los ojos del Buda, que son de oro en sus párpados cerrados, lloran de pesar.

—Sí, hay leyendas muy hermosas en torno a estos templos que han quedado envueltos por las selvas, a la espera de ser redescubiertos.

—Deben de serlo, Savage. Son patrimonio del pueblo, dondequiera que se hallen.

M. P. Savage sabía que Taymi podía moverse sola por aquellas selvas en las que aún podían encontrarse elefantes, tigres y leopardos, sin temor a perderse ni a morirse de hambre. Taymi había formado parte de grupos guerrilleros que lo mismo se movían en zona urbana que en la selva, y había tenido que acostumbrarse a todo.

Iba a sentir mucho dejarla en el templo de Kwan Wing para que tuviera un tiempo de meditación, de reencuentro consigo misma antes de buscar a sus compañeros de lucha política.

Taymi era una de esas pocas, escasas mujeres, a las que Savage se hubiera unido para siempre; no obstante, lo mismo él que ella se dedicaban a sus respectivas causas y el amor sólo era para ellos algo intenso, fuerte, embriagador, que duraba poco en su éxtasis y mucho en sus nostalgias.

De pronto, al final de una recta, descubrieron una señal roja y, más lejos, una barrera de alambre de espinos que cortaba el camino. Dos hombres la custodiaban.

— ¿Son de los tuyos? —preguntó Savage, mientras seguía avanzando con el *jeep.*

—No creo.

Continuaron adelante. Los dos hombres eran indochinos, de ojos

oblicuos pero grandes. Uno de ellos lucía bigote y ambos llevaban una especie de uniforme que recordaba al de los Boinas Verdes yanquis, pero no llevaban insignias ni nada que les identificara, aunque iban armados con poderosos fusiles «Magnum» de calibre 4,56, provistos de silenciador,

El del bigote levantó la mano, ordenándoles:

— ¡Alto!

— ¿Qué sucede? —inquirió Savage, deteniendo el vehículo.

—No se puede seguir adelante, el paso está cerrado Taymi frunció el ceño e inquirió:

— ¿Por qué?

—Prohibido el paso; den la vuelta y márchense.

—Pues lo sentimos, porque vamos hacia delante. ¿No es eso? —preguntó a Taymi, sin mencionar su nombre para no delatar su presencia en aquel lugar, ya que era conocida.

— ¡Vamos, vamos, fuera de aquí! —ordenó el tipo del bigote, armado con el fusil americano.

—Vamos al templo de Kwan Wing —puntualizó Taymi—, ¿Qué ley prohíbe el paso?

—Esta —advirtió el sujeto del bigote adelantando el «Magnum». Su compañero le imitó mientras montaba el arma, dejándola dispuesta para disparar.

—Pero ¿es orden de la policía o del ejército? —trató de averiguar Savage, saltando al suelo con naturalidad.

De inmediato se vio encañonado por los fusiles.

Ricky también saltó al suelo y los muelles del *jeep* descansaron, estirándose, al liberarse de los ciento ochenta kilos del japonés.

—Vamos, subid al *jeep* otra vez. No tenemos por qué dar explicaciones.

—Nosotros somos gente pacífica que va a visitar el templo —dijo M. P. Savage, alzando su mano derecha y haciendo girar la muñeca con los dedos hacia delante, atrayendo la mirada del sujeto, que no parecía en absoluto dispuesto a congraciarse con ellos.

—No puede pasar nadie —insistió aquella especie de vigilante miliciano.

—Soy periodista y estoy haciendo un repor...

Savage no terminó la frase. Hizo un gesto brusco con la mano y la mirada de los vigilantes se dirigió a sus dedos que, como despidiendo un flujo magnético, les había sorprendido.

Sin embargo, Savage no actuó con la mano, sino que aplicó una rápida *ashigatana,* fulminante y certera. La punta de su zapato dio de lleno en la mano que sostenía el fusil, con el dedo en el gatillo.

Sonó un disparo, amortiguado por el silenciador.

Unos pasos más lejos ya no se oiría la detonación, mientras que la

bala escapó hacia el aire. Con un medio círculo, Savage se colocó frente al tipo al que acababa de desarmar, el cual quedó entre Savage y el otro hombre armado, que no pudo disparar.

— *¡Kiai!...*

Un *kiai* silencioso, un *kiai* que no se oía, un *kiai* que, sin embargo, aturdió, y Savage pudo aplicarle un *nukite* sobre las costillas, que crujieron, mientras el hombre salía disparado hacia atrás, cayendo casi sobre su compañero, que trastabilló al querer retroceder de forma precipitada.

Cuando aquel individuo trató de recuperarse, una mano poderosa le arrebató el fusil, que fue arrojado al suelo, y otra manaza le cogió por el cuello.

Savage, apartándose del tipo del bigote que yacía inconsciente, se enfrentó con el vigilante que les había detenido y que temblaba asustado al verse cogido por el cuello por el gigante japonés.

El fusil quedaba fuera de su alcance; tenía pistola al cinto, pero no se atrevió a desenfundarla. Un puñetazo de Ricky le hubiera hundido el cráneo entre los hombros, convirtiéndole en un retaco fúnebre.

— ¿Por qué no se puede pasar? —interrogó Savage de nuevo.

—No lo sé, yo recibo órdenes.

— ¿Ordenes?

— ¿De quién? —inquirió ahora Taymi, que no se había apeado del *jeep.*

—De mis jefes.

— ¿Quiénes son tus jefes? —preguntó Savage.

—Surinow y Nakhon.

—Vaya, ¿y quiénes son esos dos que has nombrado?

—Mis jefes —repitió asustado, porque notaba que Ricky le alzaba ligeramente, como a un muñeco, y sólo tocaba el suelo de puntillas.

—Ya sé que son tus jefes, pero ¿qué más? ¿Sois guerrilleros?

—No, no, somos trabajadores.

—Eso es estúpido. ¿Trabajadores, y vais armados con fusiles yanquis? —inquirió Taymi.

—Yo, yo soy vigilante.

— ¿En qué trabajáis? —insistió Savage.

—No sé nada, no sé nada.

—Ricky, no es bueno que pueda avisar a los demás —le dijo Savage.

—Com-com-comprendo.

El vigilante torció en parte la cabeza para mirar el rostro del japonés y así saber lo que podía esperar de él.

—No, no te asustes... —le dijo Ricky, soltándole el cuello, mientras Savage le quitaba la pistola de la funda, la miraba un instante y la arrojaba lejos, perdiéndose el arma en la maraña de la selva.

— ¿Qué haréis conmigo? —balbució.
—Co-coge una car-carta.
Ricky sacó de su bolsillo la baraja que habitualmente llevaba consigo, una baraja que abrió en abanico, ofreciéndola al sorprendido indochino. Este tomó una carta y preguntó:
— ¿Y ahora qué?
—Ricky quiere saber qué carta has sacado —le dijo Savage.
—Pues, un siete de picas.
—No es mu-mucho... —aceptó, Ricky.
Tomó el naipe, lo juntó con los otros y devolvió la baraja a su bolsillo. Antes de que el indochino comprendiera lo que ocurría, comenzó, a recibir fuertes y sonoras bofetadas que le hacían ir de un lado a otro como pelota en campo de tenis, sólo que no iba lejos, sino de mano a mano del japonés, que tenía los brazos abiertos.
—Seis y siete.
El indochino dejó de recibir bofetadas en su rostro, que se hallaba de un color rojo intenso: había dejado de ser amarillo cetrino. Giró sobre sus propios pies y quedó quieto. Ricky le sopló y se derrumbó como hoja ya muerta, como un castillo de naipes.
Savage tomó uno de los fusiles por el cañón y de un solo golpe lo rompió contra el suelo.
Ricky cogió el otro por la culata y por el cañón, bajó los brazos y alzó la rodilla. El fusil se partió por su mitad y luego ambos arrojaron los restos entre la vegetación.
—Ricky, mientras yo quito la barrera, haz desaparecer esos cuerpos, pero que no se vayan a morir, no somos asesinos.
—En se-seguida.
Ricky se inclinó sobre uno de ellos y lo levantó por encima de su cabeza, como si careciera de peso. Comenzó a girar en círculo como si estuviera en un combate de sumo, el deporte lucha nacional del Imperio del Sol Naciente, y cuando creyó que la fuerza centrífuga era suficiente, soltó a su presa.
El indochino salió volando y desapareció entre la vegetación, lejos del camino. El otro desapareció de la vista de Taymi en la misma forma, volando sin alas y sin preparar el terreno donde iba a aterrizar.
Savage apartó la barrera de alambre de espinos volcándola sobre la exuberante vegetación y regresó al *jeep,* al cual ya había subido Ricky. Lo puso en marcha, mientras preguntaba a Taymi:
— ¿Crees que nos encontraremos a más vigilantes armados?
—No lo sé.
— ¿No tienes ni idea de quiénes son?
—No, pero a ese Surinow sí que le he visto.
— ¿Y quién es?
—Un tipo muy especial, que trabajaba para la policía.

— ¿Un agente de la ley?
—No; era uno de esos individuos que son utilizados para cometer cierta clase de trabajos sucios en los que la policía no quiere verse involucrada y a los que luego no se les piden responsabilidades penales por sus crímenes.
— ¿Un tipo como los que querían asesinarte en el hospital?
—Sí, posiblemente jefe de ellos; un canalla con patente de corso, dada por los dirigentes de la Secretaría del Interior, esa mezcla de policía militar.
—En ese caso, será mejor que no te vea.
—No le tengo miedo. Espero que algún día ese asesino caiga en una de sus propias trampas.
—Esperémoslo, pero desgraciadamente hay muchos asesinos, ladrones y explotadores que mueren de viejos y con todas las bendiciones, incluidas las de sus propias víctimas.
—Sí, es triste reconocerlo.
—Lo consiguen gracias a las leyes de herencia. Sus víctimas temen a los herederos y prefieren callarse. Algún día, el mundo entenderá que cada hombre es lo que vale por sí mismo y no por la cuna donde haya nacido.
El *jeep* se puso en marcha, dejando atrás aquel corte de camino que ya no era tal.
Veinte minutos más tarde se encontraron con un gran ruido que les venía de frente.
— ¿Qué es eso? —inquirió Taymi.
—Un camión pesado que va muy cargado.
Savage se salió de la carretera metiéndose entre la selva, de tal forma que quedaron ocultos por la espesa vegetación.
Savage tenía razón. El gran camión avanzaba lentamente por el angosto camino, sus ruedas se hundían en la tierra blanda reafirmando las rodadas. Iba muy cargado, pese a que por encima de la caja de acero no se veía gran cosa.
— ¿Qué crees que llevan? —preguntó Taymi.
Savage respondió en voz baja, pese al estruendo que producía el camión:
—Si no minerales o piedra, algo muy pesado.
Dejaron que el camión se alejara, desapareciendo sin haberles descubierto.
— ¿No notarán a fal-faltar a los vi-vi-vigilantes? —observó Ricky.
—Pueden pensar que se han ido a otra parte. Seguiremos adelante con cuidado; me temo que este lugar se ha tornado muy peligroso.
Taymi apretó los labios y Savage la miró de reojo, como preguntándose si ciertamente la joven no sabía nada de lo que allí ocurría.

Minutos más tarde, el *jeep* arribó a un claro de la selva donde varios obreros se afanaban, trabajando. No parecían muy contentos y unos capataces daban voces. Si no utilizaban el látigo, poco les faltaba. Savage detuvo el *jeep* y se quedó mirando lo que sucedía.

—Están demoliendo el templo de Kwan Wing.

Savage escuchó a Taymi y no tuvo tiempo de responder porque un oriental alto y recio se les acercó. Iba en mangas de camisa y sudaba ligeramente. Tenía cara de pocos amigos y llevaba un revólver colgado al cinto.

— ¿Qué hacen aquí? —preguntó abiertamente Savage respondió con simplicidad:

—Mirar.

— ¿Mirar qué?

—Pues, la demolición del templo. ¿Por qué lo echan abajo?

—Eso no es asunto suyo. Den la vuelta y lárguense, ésta es zona privada.

— ¿Zona privada, un templo que es patrimonio del pueblo? —preguntó Taymi, controlando su profunda indignación.

—Oye, encanto, ¿qué has querido decir? —gruñó el oriental, clavando sus ojos en la mujer.

—Que el templo de Kwan Wing no es de nadie en particular, y si lo estáis demoliendo lo denunciaremos.

—Haz lo que quieras. Por cierto, ¿no han visto a unos vigilantes que cortan el camino a los intrusos?

Savage, que había observado a distancia, rezongó:

—Creo que entiendo lo que pasa aquí.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Veo que las piedras están numeradas. Están desmontando el templo, cortan y numeran las piedras y se las llevan en camiones.

—Eres muy listo, pero es mejor que des media vuelta y te largues.

— ¿Adónde se llevan el templo? —inquirió Savage, como si no le hubiera oído.

— ¡Al infierno! ¡Fuera, o será peor para vosotros!

— ¡Estáis robando el templo de Kwan Wyng y os denunciaré por ello! —clamó Taymi.

— ¿A quién?

— ¡A quien haga falta!

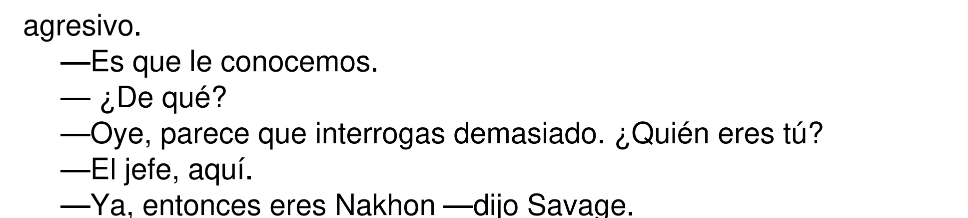
— ¡Bah! Nadie dirá nada, hay muchos dólares americanos de por medio.

Aquel tipo había hablado con marcado cinismo y desprecio. Savage se volvió hacia Taymi y preguntó:

— ¿Es Surinow?

—No, no lo es.

— ¿Qué pasa con Surinow? —preguntó aquel sujeto, muy



agresivo.

—Es que le conocemos.

— ¿De qué?

—Oye, parece que interrogas demasiado. ¿Quién eres tú?

—El jefe, aquí.

—Ya, entonces eres Nakhon —dijo Savage.

—Presumes de saberlo todo, ¿eh?

—No, no lo sé todo, y lo que más me interesa es conocer adónde lleváis este templo que estáis robando.

—Eso no os importa.

Dicho esto, Nakhon agitó la mano. De una pulsera de plata colgaba un silbato del mismo metal que sopló, haciéndolo sonar con estridencia. En pocos instantes se vieron rodeados de hombres armados con fusiles de procedencia americana.

— ¿Qué te propones con esto, Nakhon? —inquirió Savage.

—Asegurarme de que no hablaréis demasiado.

—Tengo la impresión de que eres un tipo que ha vivido mucho tiempo en Norteamérica.

— ¿Se me nota? —silabeó Nakhon con cierto orgullo.

—Te falta la cortesía de Oriente; por lo que veo te ha sido fácil perderla.

— ¿Y tú eres americano?

—Ciudadano americano, sí.

—Eso puede que te salve el cuello. —Señaló a Taymi—. ¿Y ella?

—Soy de aquí y no me gustan los yanquis.

—Bravo, ya somos más.

—Pensé que serías pro-americano —observó Savage.

—A mí lo que me gusta de los americanos son los dólares —respondió el indochino.

—Bueno, será mejor largarnos, ya que aquí nada podemos hacer —dijo Savage.

—Si tocas la llave de contacto, será lo último que hagas en tu vida; mis hombres dispararán sus armas sobre ti.

— ¿No vais a dejar que nos marchemos?

—No por ahora.

—Esto es un secuestro —advirtió Savage.

—Aquí no rigen las leyes americanas y además estamos en la selva. Si caéis muertos junto al camino, ¿qué sucederá? Yo os lo diré: En poco tiempo, las alimañas os dejarán en los huesos, sólo seréis unos desaparecidos como tantos y tantos otros. Y ese gorila, ¿quién es?

—Ricky —respondió el propio aludido.

—Pareces japonés.

—Lo soy.

—Pues, has salido un poco grande para ser japonés. ¿Con qué te alimentó tu madre?

—Con pa...pa...papillas.

—Vaya, además es tonto —se burló Nakhon.

Savage prefirió no sacarle de su error; de este modo la sorpresa, cuando le llegara, sería más desagradable.

—No ganarás nada con secuestrarnos —advirtió Savage.

—Eso ya se decidirá en su momento. Y el japonés, que se ande con cuidado. No me fío de los japoneses, tienen muy mala uva.

Savage pensó que aquel individuo tenía el lenguaje propio de los ghettos de San Francisco de California y que si estaba allí, en mitad de la selva indochina, sería por algo concreto e importante, algo que pudiera reportarle buenos dólares.

— ¿Quién es el que da las órdenes, Surinow o el patrón? —preguntó Savage, tratando de acertar con una pregunta aventurada al azar.

—Todos las manos en alto, aquí no se contestan más preguntas.

Savage alzó las manos, lo que no era nada usual en él, pero prefirió hacerlo por Taymi. Había una docena de fusiles encañonándoles y bastaba una bala para asesinarles. Ricky también levantó sus brazos.

—Veamos qué tal nos hospedan nuestros anfitriones —comentó Savage.

—Un momento que os registremos, por si lleváis armas —advirtió Nakhon.

Sin alterarse, Savage dijo:

—Será mejor que no nos toques.

Nakhon sonrió con suficiencia.

— ¿He de tomar tus palabras como una amenaza?

—Tómalas como prefieras. Me llamo Moses Pacific Savage, soy reportero f*ree-lance* americano y mi amigo es Ricky.

—Perfecto, perfecto, mueves muy bien los labios, pero yo soy quien manda aquí y...

Kiai...

Nadie pudo oír el *kiai* de Savage. Era el *kiai* silencioso, el peor, el más temido de los *kiai.* Brotaba de las mismas entrañas de Savage, con toda su energía vital...

A Nakhon se le erizaron hasta los pelos de las pestañas y recibió la desagradable sorpresa de— ser víctima de un terrible *yama-zuki.*

El puño zurdo de Savage le cazó en el vientre y el derecho, en mitad de la oreja izquierda, por lo que se cerró la tenaza de karate, uno de los más temibles golpes al ser doble y al mismo tiempo.

Nakhon no pudo ni gritar. Se le pusieron los ojos en blanco, abrió la boca y le salió la lengua mientras las rodillas se le doblaban y caía al

suelo quedando fuera de combate.

Los otros secuaces apuntaron a Savage, disponiéndose a disparar contra él.

— ¡Estúpidos! ¿Qué vais a hacer? —les increpó abiertamente Savage dominándolos con su voz, con su seguridad, con su gesto autoritario.

A aquellos tipos armados les había invadido la indecisión al quedarse sin su jefe, que allí, y en aquellos momentos, era Nakhon.

Eran hombres, como tantos y tantos otros repartidos por todo el globo terráqueo y vestidos de uniforme, que disparaban y no pensaban.

— ¡Te vamos a ahorcar por esto! —se atrevió a decir uno, vacilante, y mirando de reojo a sus compañeros para ver cómo reaccionaban, si le apoyaban.

—Yo hablaré con Surinow y le explicaré que sois un atajo de imbéciles. Este —señaló al caído Nakhon—, es un idiota perdido que no sabe distinguir a los que vienen de San

Francisco. Cuando despierte, decidle que puede encontrarme en el hotel Shekton,

Taymi quedó sorprendida por la forma en que Savage manejó a aquellos hombres armados que no se atrevieron a disparar.

Savage no les demostraba ningún miedo y, en consecuencia, ellos actuaban como un perro que ladra y muerde al que se asusta ante su presencia; en cambio, al que se muestra indiferente, el animal no llega a atacarle.

—Vamos, le esperaremos en el hotel —dijo Savage a Taymi y Ricky que subieron al *jeep.*

Savage dio al contacto, maniobró con el *jeep* y terminaron por alejarse ante la perplejidad de los hombres armados que comenzaron a cuchichear entre sí, preguntándose:

— ¿Quién será ese tipo?

—Algún amigo del patrón, seguro. Cualquiera le dispara, luego te cuelgan —rezongó otro.

El *jeep* perdió de vista el templo que estaba siendo cortado, numerado y empaquetado para ser trasladado a alguna parte. Al fin, Taymi estalló en una carcajada.

— ¿Qué es lo que te hace gracia?

—Nada, sólo que nunca he visto a nadie con una cara tan dura como la tuya. Rodeado de fusiles cargados le sueltas un *yama-zuki* al jefe, insultas a los otros y te largas. Es increíble.

— ¿Esperabas que les suplicara?

—Otro lo hubiera hecho —opinó la joven.

Ricky, atrás, observó:

—Y le hubieran ma...ma...machacado a gol...golpes.

—Sí, seguro que sí. —Miró a Savage, que conducía rápido por el camino que ahora ya conocía y preguntó—: ¿Les esperaremos en el hotel Shekton?

—Seguro que sí.

—Si lo haces, nos van a asesinar. Cuando ese Nakhon despierte, sacará fuego y vapor hasta por las orejas y pedirá tu cabeza. No te va a perdonar jamás lo que le has hecho. Ha quedado en ridículo delante de todos y cuando lo sepa quien le paga, todavía será peor.

—No va a alterarme la preocupación.

—Bien, Savage, ¿es política lo que le sucede al templo de Kwan Wing?

—No tengo todos los datos sobre lo que ocurre, pero tiene el aspecto de ser un robo material y cultural que se hace a vuestro pueblo.

—Estoy sola en esto y si voy a denunciar el hecho a las autoridades me voy a encontrar con problemas. Ya sabes que soy persona no grata para la administración de mi país y mejor me quieren muerta que viva. Hasta es posible que se me esté buscando. No debió gustarles que cuando ya me creían a punto de ser enterrada desapareciera del hospital, gracias a ti, claro.

— ¿Me estás pidiendo que investigue lo que le sucede al templo?

—Sí, pero eres totalmente libre de decirme que no, ya me has hecho muchos favores. Como verás, esto no es política; no te pido que ataques a la administración, a la policía ni a los militares, eso es cosa de la guerrilla. Sólo te hablo de un robo al que muchos no darán importancia, pero que sí la tiene y mucha. Roban un monumento artístico, religioso e histórico que pertenece a mí país.

—Eso se podría denunciar a la UNESCO.

— ¿Crees que tendría mucha repercusión?

—Alguna, pero cuando el hecho está consumado, poca cosa se puede hacer.

—Entonces, ¿me ayudarás a impedir este expolio? Es como si en Europa alguien estuviera robando un monasterio o una pequeña catedral. Allí, todos se alzarían en contra del ladrón, pero aquí, con los conflictos que tenemos y estando en mitad de la selva, ¿quién va a salvarlo?

—Nosotros, Taymi, nosotros... —dijo Savage y le palmeó el muslo para infundirle confianza.

Savage había tomado ya una determinación y sabía que allí, junto al golfo de Siam, no iba a encontrar facilidades para descubrir la verdad sino todo lo contrario. La muerte les rondaría buscando el momento más propicio para caer sobre ellos.

CAPÍTULO IV

Dejó a Taymi al cuidado de Ricky. Sabía que después de aplicarle un *yama-zuki* a Nakhon éste trataría de vengarse y parecía mandar a suficientes hombres como para poder conseguirlo.

Las noches de una gran ciudad indochina resultaban muy movidas. Muchos blancos, europeos, norteamericanos, australianos, llegaban allí para visitar sus grandes y espectaculares casinos donde la droga y especialmente el sibaritismo en el sexo a lo vivo eran harto conocidos, especialmente por las películas *cochon* que recorrían los circuitos comerciales de los países donde la proyección de filmes pornográficos no era ningún delito. Incluso, los actuantes (si es que así se podía denominar a las *sexy-girls* y *sexy-boys* indochinos) hallaban luego contratos facilones en Alemania, Inglaterra o en el corazón de Francia que era París.

Utilizando sus credenciales de *free-lance* norteamericano, Savage pudo llegar al funcionario que le interesaba no sin antes tener que hacer muchas llamadas y recibir infinidad de evasivas; pero, como buen reportero, tuvo paciencia y tenacidad hasta llegar al despacho que deseaba.

Al fin, un cuidadoso y elegante indochino, con una amplia sonrisa bajo un fino bigote, le invitó a sentarse en una silla tapizada en seda dorada.

—Usted dirá lo que desea de este humilde funcionario, señor Savage.

—Verá, estoy haciendo un reportaje sobre los templos más bellos y olvidados de todo el mundo.

— ¡Ah, magnífico! Es bueno que todo el mundo se entere de cuáles son los monumentos que hemos recibido como legado de nuestros antepasados. Muchas veces son verdaderas joyas arquitectónicas de valor incalculable. Los europeos, en este aspecto, están muy avanzados; ellos sí han sabido descubrir lo que poseen y valorizarlo como merece.

—Sí y también los norteamericanos, que han comprado en Europa monumentos enteros que después han trasladado a los Estados Unidos, piedra a piedra, para reconstruirlos.

—Por lo que sé, se han llevado castillos enteros, pero eso creo que no resulta fácil. Muchos países han prohibido terminantemente esta exportación. Se puede vender un monumento...

—Que no sea patrimonio del pueblo —puntualizo Savage.

—Efectivamente, que no sea patrimonio del pueblo. Como decía, se puede vender un monumento particular o que pertenezca a determinada secta religiosa, pero luego, aunque el propietario sea americano, no puede llevárselo a los Estados Unidos; puede reconstruirlo pero no sacarlo del país.

—Es exactamente lo que usted dice y estoy interesado por el templo de Kwan Wing.

— ¿Kwan Wing? —repitió el funcionario, un alto gerifalte de la administración, sin borrar su sonrisa. Savage, que lo observaba, dedujo que ya estaba informado de lo que el propio reportero americano iba buscando.

—Sí, Kwan Wing. Me han informado de que se trata de una joya arquitectónica, un monumento religioso de inestimable valor.

—Sí, sí, déjeme mirar un momento...

Se levantó, y fue hacia un archivo que abrió con una llave. No quiso molestarse en llamar a ninguna secretaria por el dictáfono que tenía al alcance de su mano.

—Pues sí, aquí tengo el expediente del templo de Kwan Wing.

—Bien, veo que no es algo que se ignore.

—Aquí también se controlan las cosas como en su gran nación, señor Savage —dijo el funcionario Letse Fuwong.

Se Colocó unas gafas con cristales montados al aire para leer el expediente mientras se sentaba de nuevo tras su gran mesa escritorio, construido con gruesa y resistente madera de teca. Todo en aquel despacho tenía el arte, la cultura indochina. Incluso los objetos más funcionales habían sido revestidos con madera del país y bambúes, para no perder su estilo.

— ¿Está todo en regla?

—Aquí siempre está todo en orden, si es a lo que usted se refiere, señor Savage.

—Entonces, ¿qué puede decirme sobre ese templo?

—Pues, que fue una joya arquitectónica.
— ¿Fue? —repitió frunciendo el ceño.
—Sí, desgraciadamente hay que hablar en pasado. En mi informe se dice que hubo un combate entre la milicia real y un grupo de bandidos.
— ¿Bandidos o guerrilleros?
El funcionario Letse Fuwong levantó la mirada para centrar sus pupilas en Savage.
Sonrió.
—Es cuestión de matices. Para nosotros son bandidos.
—Bien, es su opinión, continúe.
Carraspeó, leyó para sí y después explicó en voz alta:
—Repito que, desgraciadamente, quedó muy afectado por unos obuses. El caso es que quedó deteriorado y cuando hubo pasado el conflicto que provocó su destrucción, un inspector se trasladó al templo para ver cómo estaba. Considerando que era un peligro físico para cualquiera que se aventurase a entrar en él, lo declaró en ruinas.
— ¿Y ese funcionario se llamaba Letse Fuwong? —inquirió Savage, sarcásticamente.
—Pues sí —sonrió con más amplitud—. Yo mismo fui quien, desgraciadamente, tuve que declararlo en ruinas. Una casualidad, ¿verdad?
—Sí, una gran casualidad.
El funcionario suspiró.
—Fue muy lamentable y como declararlo en ruinas era una medida importante a tomar, preferí ser yo mismo quien realizara la inspección.
—Pues, da la impresión de que ya no se acordaba de un hecho tan lamentable. ¿No es ésa su expresión?
—Así es. Tengo muchas inspecciones que realizar. Habrá sido un lapsus de memoria pero, ya ve, todo está en orden y es una pena que usted no pueda realizar ese reportaje sobre el templo de Kwan Wing, el cual sólo quedará reflejado en los libros de arte y religión, de ahora en adelante. Algo que existió y que, como tantas y tantas cosas, se ha perdido por causa de la lucha entre la ley y los bandidos.
—No pensamos lo mismo. Creo que ahora es cuando mejor se puede hacer el reportaje.
— ¿Ah, sí?
—Sí. Precisamente ahora puedo contar todo lo que le ha sucedido y lo que le está sucediendo al valioso templo de Kwan Wing.
— ¿Y qué es lo que le está sucediendo? —preguntó con una ligera contracción de los músculos de su rostro. Pese a ser muy oriental, muy inescrutable, su alteración no pasó desapercibida para Savage, buen conocedor de las reacciones anímicas de los orientales.
— ¿No lo sabe?

—Bueno, el expediente dice bien claro que el templo fue declarado en ruinas por estimarse peligroso.

— ¿Y por eso lo están desmontando?

—No se está desmontando sino demoliendo; ésa es la palabra exacta.

— ¿Cree usted que lo que hacen es demolerlo? He visto a un grupo de hombres armados que no dejan acercarse al templo, que es cargado en camiones, pieza a pieza.

—Se trata, simplemente, de dar protección al pueblo para que no se acerque a la demolición y nadie pueda resultar herido.

—Ya, para que no les caiga un pedrusco en la cabeza.

—Es usted muy chistoso, señor Savage; muy propio de los americanos.

—Si sólo se tratara de demolerlo para evitar peligros, bastaría aplicar unos cartuchos de dinamita en lugares estratégicos del templo y luego Hacerlo detonar; todo habría terminado en cuestión de minutos y no existiría peligro para nadie.

—Sería una pena, el lugar se llenaría de cascotes.

—Si está en plena selva no es ningún problema que haya piedras esparcidas por el suelo como recuerdo de una joya que allí se levantó hace milenios.

—Verá, señor Savage, yo no pertenezco a la compañía demoledora y por lo tanto esos detalles no me incumben. Se concedió el trabajo a una empresa.

— ¿Encima pagaron por demolerlo? —se asombró Savage.

—Es lógico, si emplean materiales y obreros para la demolición. Se trata de quitar un peligro al pueblo, pero no vaya a creer, el precio fue muy bajo, casi simbólico, el equivalente a unos diez mil dólares americanos en nuestra moneda.

— ¿Y qué empresa está encargada de la demolición?

La pregunta fue directa, sin dar posibilidades a las evasivas.

—Verá, no sé si estoy autorizado...

—Si no me lo dice usted lo preguntaré a sus superiores. Alguien me lo dirá, ¿no cree?

—Si es sólo un pequeño detalle. En fin, aquí, aquí abajo dice que fue concedida la obra de demolición a la Karaman Corporation.

— ¿Americana?

—No lo sé exactamente, pero si se le concedió es que tenía las licencias en regla. Es posible que tenga capital americano, hay muchas empresas aquí con capital americano.

—Sí, eso ya lo sé. Así se pueden llevar todo lo que de verdad interesa.

—Sus palabras son un poco ofensivas, señor Savage; no obstante, las daré por olvidadas teniendo en cuenta su peculiar forma de

expresarse —dijo siempre calmado y ceremonioso el funcionario Letse Fuwong.

Savage no quiso replicarle que cuando él deseaba hablar con la cortesía oriental, lo hacía perfectamente, pero en aquel caso sentía verdadero asco hacia aquel funcionario de alta jerarquía que, sin duda alguna, estaba corrompido y si accedía a facilitarle algunos datos era para quitar hierro a la situación. No interesaba que Savage averiguase demasiado y el ponerle obstáculos, impedimentos, sólo conseguiría que el reportero se interesara más por la investigación.

—De modo que la Karaman Corporation es la encargada de la demolición del templo de Kwan Wing.

—Así es. Se trata de un trabajo que durará poco; lo que quizá le ha llamado a usted la atención es que se lleven las piedras del templo.

—Pues sí.

Ante la sinceridad de Savage, el funcionario Letse Fuwong volvió a sonreír, como recuperándose, tras unos instantes de nerviosismo que había controlado muy bien,

—Eso es fácil de comprender. Las piedras eran buenas y posiblemente hayan sido vendidas a alguna compañía de edificaciones para utilizarlas en sus construcciones. Hay muchos lugares aquí donde la tierra es blanda. Las cimentaciones requieren gastos muy elevados y con piedras grandes, bien cortadas, se consiguen buenos éxitos. Las lluvias de los monzones resultan muy peligrosas para los edificios grandes y si descansan sobre piedra se evitan problemas cuando llegan las lluvias.

—De modo que usted considera que se llevan las piedras en camiones como materiales de recuperación.

—Exactamente, materiales de recuperación. De esta forma, la Corporation probablemente se rehace de los gastos de la demolición que no pueden quedar compensados con los diez mil dólares que le paga nuestra administración gubernamental. Es lícito que venda el material de derribo para obtener unos ingresos adicionales.

—Sí, es muy justo.

—Me satisface que ahora lo vea todo más claro.

—No, no, digo que me parecería justo si todo fuera como me ha contado.

— ¿Debo entender que usted insinúa que este humilde funcionario le ha mentido?

Savage se levantó de la silla tapizada con seda dorada y fue tajante en sus palabras.

—Cuando tenga pruebas, no será una insinuación, honorable Letse Fuwong. En este momento, sólo me cabe darle las gracias por todas las atenciones que ha tenido con este humilde periodista americano.

Inclinó la cabeza y parte del cuerpo reverencialmente, saludando al

estilo oriental. Instintiva y automáticamente, el jerarca de la administración correspondió con otra inclinación de cabeza.

Savage le dio la espalda y se alejó hacia la puerta para abandonar el despacho.

A través de los cristales de sus gafas, el funcionario clavó sus pupilas en él y sus finos labios dejaron de sonreír bajo el delgado bigote. La preocupación y el miedo fueron contrayendo cada uno de sus músculos. La visita de Moses Pacific Savage, como hubiera dicho cualquier californiano, le había reventado...

CAPÍTULO V

El funcionario indochino, honorable Letse Fuwong, se hallaba en su *cottage* solo y nervioso.

El *cottage* se ubicaba a las afueras de la ciudad, en una elegante urbanización proyectada al estilo americano y diseñada asimismo por un americano y para americanos que residían en el área.

Los orientales económicamente poderosos habían querido apoderarse de la urbanización y poco a poco lo estaban consiguiendo. A medida que llegaban más indochinos como propietarios de los *cottages,* los americanos se marchaban a otra urbanización o regresaban a los Estados Unidos, ya que lentamente las cosas se ponían dificultosas en Asia, tras la derrota de Vietnam.

El *cottage* no era grande y en aquellos instantes no había en él nadie del servicio. Letse Fuwong se hallaba solo en aquella mansión de estilo arquitectónico indochino con la funcionalidad y el confort americano.

El salón era amplio y su decoración, exótica para un americano y también para un indochino, ya que los americanos adulteraban el estilo en la ornamentación. Deseaban que fuera de un estilo local pero se engañaban porque lo exigían a su gusto y entonces, todo quedaba falseado. Era como decorar un chalet español, del Norte o del Este, con trajes de torero confeccionados por un sueco; mas, lo que no podía negarse era su confortabilidad y la armonía de colores.

Pensativo, Fuwong se quedó observando el pequeño altar religioso. Era austero y presidido por una imagen incomprensible para un occidental, A ambos lados de la figura, sendas tablillas con grafías indochinas puestas en vertical. Una mecha sumergida en aceite aromático permanecía encendida, iluminando la extraña estatuilla.

Al alcance de sus pies había un almohadón que le servía para arrodillarse y orar ante el altar. A su derecha, en la pared, colgaba una hermosa panoplia con tres dagas orientales distintas entre sí y por su aspecto cabía deducir que no eran vulgares imitaciones artesanas para turistas, sino piezas auténticas, cargadas de años, de historia y valor.

El sonido del llamador electrónico de campanillas le arrancó del ensimismamiento en el que se sumergiera por breves instantes.

Caminó hacia la puerta y se detuvo frente a la pantalla de videófono. Pulsó dos botones y la pantalla se iluminó, apareciendo un rostro que conocía y que semejó mirarle directamente a través de la ventana electrónica.

—Vamos, abra, sé que me está mirando.

Letse Fuwong pulsó otro botón y la puerta del jardín que circundaba el *cottage* se abrió de forma electrónica. A pie penetró un individuo alto, vestido con camisa azul oscuro y pantalón negro. Llevaba un portafolios marrón en la mano. Era oriental, no llegaría a los treinta años y su cráneo aparecía completamente rasurado. Todo él transpiraba fuerza, agilidad y seguridad en sí mismo. Si había que

ponerle una analogía con un animal de aquel área del mundo, cabría compararlo con un tigre.

Era un hombre que cualquiera, al toparse con él, se daba cuenta de que debía temerle. Su actitud no engañaba, era un predador nato y nadie podía tomarle por un cordero; evidentemente, él tampoco lo pretendía.

La puerta del jardín se cerró automáticamente y cuando el recién llegado arribó a la entrada de la casa, construida en madera, la puerta de ésta se abrió.

La cabeza de Letse Fuwong asomó para decir:

—Vamos, Surinow, entre, aprisa.

Surinow entró en el *cottage* y Letse Fuwong miró hacia el exterior como queriendo cerciorarse de que nadie había visto llegar a su visitante.

— ¿Qué pasa? Cualquiera diría que tiene usted mucho miedo — comentó irónico el recién llegado tras detenerse y volverse hacia el propietario del chalet.

Después de cerrar la puerta, el funcionario gubernamental inquirió:

— ¿Cómo no ha venido con su auto?

—Lo he dejado un poco lejos de aquí. Me ha parecido que estaba usted muy nervioso, al hablarme por teléfono, y he tomado algunas precauciones.

—Bien, bien. ¿Trae lo mío?

Surinow levantó un tanto el portafolios, como queriéndolo mostrar sin tener prisa por entregarlo.

—Primero, cuénteme qué le sucede. ¿A qué viene ese miedo tan repentino?

—El reportero americano.

— ¿Savage?

— ¿Sabe ya quién es?

—Sí, algo me han contado de él. Estuvo junto al templo; es un sujeto que buscaba problemas.

—Es listo, demasiado listo, lo sabe todo.

— ¿Todo? —inquirió, tratando de saber más.

—Bueno, yo supongo que todo. Ha ido a investigar sobre lo que pasa en el templo. Después ha estado haciendo muchas preguntas, hasta que, para que dejara de husmear demasiado, le he recibido en mi despacho.

— ¿Y qué le ha contado usted, Letse Fuwong?

—Nada.

— ¿Seguro que nada?

—Bueno, le he dicho lo que es oficial, que el templo fue declarado en ruinas y que ahora está siendo demolido.

— ¿Y qué ha respondido él?

—No se lo cree.

— ¿Por qué?

—Pregúnteselo a él. Yo ya he hecho todo lo posible. La parte de ustedes era hacer el trabajo sin llamar la atención, sin que surgieran problemas y si éstos aparecían, ya se encargarían de resolverlos.

—No sé por qué tanto miedo, Letse Fuwong. Usted es aquí un hombre importante; periódicos y revistas hablan mucho de su trabajo.

—Todos hacemos lo que podemos; si uno queda al descubierto por algo sucio se le protege durante cierto tiempo, pero luego cae.

—Ya, hay que robar pero sin llamar demasiado la atención.

—No me gustan determinadas palabras.

— ¿Por qué? Soborno, cohecho, corrupción... Los tipos como usted son despreciables.

— ¿Cómo se atreve? —interrogó enrojeciendo de rabia—. ¿Sabe quién soy yo?

Surinow dio un paso adelante y le propinó una seca y ofensiva bofetada, sin cólera, con la punta de los dedos.

Los ojos de Letse Fuwong llamearon pero se tragó su rabia. Surinow no le temía como tantos y tantos ciudadanos o incluso funcionarios públicos, hasta de la policía.

—No olvidaré esto.

—No lo olvide si no quiere —objetó despectivo—. Y si alguien le hablara de echarlo del despacho que ocupa y del que se lucra oficial y extraoficialmente, respóndale que usted también sabe cosas de los demás, que no es el único que roba.

—Si hiciera eso, me asesinarían.

—Es posible. —le alargó el portafolios—. Tome, lo que estipulamos.

Apresuradamente, Letse Fuwong tomó el portafolios, lo colocó sobre una mesa y lo abrió. Ante sus ojos aparecían fajos de billetes.

—Dólares USA. Es lo que pidió, ¿no?

—Sí, sí. Están los cien mil, ¿verdad? —preguntó, nervioso, excitado ante la visión del dinero.

—Sí, cien mil dólares USA. Ahora, se va a olvidar de todo y será mudo para quien le pregunte —puntualizó Surinow, dominando la situación.

Letse Fuwong, un individuo muy meticuloso, tomó uno de los billetes y lo observó con gran atención, buscando la luz de la ventana para ayudarse. De pronto, se puso rojo.

— ¿Qué significa esto?

— ¿El qué?

— ¿Cree que soy un idiota? Antes de subir al cargo que he alcanzado estuve trabajando en el Banco Nacional.

—Sí, ya estoy informado y por las cochinadas que allí hizo, fue

subiendo de categoría y pasó a la política. Se puede subir y aprender mucho en el Banco Nacional cuando se es un gusano sin conciencia que sabe lavarse las manos antes de que alguien pueda acusarle.

—Déjese de ironías, Surinow, estos dólares son falsos.

— ¿Está seguro? —preguntó con cinismo.

—Sí.

—Bueno, pues los coloca en el Banco. A usted no se los mirarán con mucha atención, páselos.

— ¿Que yo pase dólares falsos? —lo indignación de Letse Fuwong iba en aumento.

—Sí, es un trabajito más pero le será fácil. Aquí, poca gente se da cuenta de si un dólar es falso o no, lo importante es que sea un dólar USA.

—Los dólares falsos, en el mercado negro, tienen un valor de sólo el diez por ciento del real por los riesgos que se corren —protestó Letse Fuwong.

—Después de todo, diez mil dólares no son pocos y si los pasa, se pueden convertir en cien mil.

— ¡Esto es una canallada! ¡El Gobierno pagó diez mil dólares por la supuesta demolición del templo! Además de robar, encima se les paga; esto es absurdo y ridículo.

—Es cierto, es absurdo, pero así es el mundo cuando la corrupción anda metida de por medio. Robas y encima te ponen una medalla y lo más curioso es que los propios robados, el pueblo, te aplaude. Usted conoce bien este mundillo, Letse Fuwong.

— ¡Yo no quiero este dinero falso! —estalló, cogiendo el portafolios abierto y arrojando los billetes al suelo.

—Espero que se le pase el enfado, reconsidere su situación y recoja el dinero. Es lo que más le conviene.

—No lo haré. No le tengo miedo, Surinow, ni a usted ni a Beetle Chieng.

— ¿Qué quiere decir?

—Que se puede abrir una investigación sobre lo sucedido y yo alegaré que me han engañado. Hay muchos superiores a los que les conviene más creer en mi palabra. Todavía no soy un hombre hundido, no me doy por vencido tan fácilmente, claro que si antes de veinticuatro horas tengo los cien mil dólares auténticos, que no sean falsos...

— *¡Kiaiiii!*

Letse Fuwong no contó con que Surinow podía actuar de forma violenta, demoledora.

La *tegatana* resultó tan sorpresiva y contundente, que el funcionario no pudo ni supo esquivarla.

Los dedos de la mano derecha, en punta, se clavaron en el cuerpo

de Letse Fuwong en un golpe que podía llegar a ser mortal. La mano-espada podía abrir el hígado, aun a través de la piel.

Letse Fuwong se llevó las manos al lugar donde recibiera el golpe de karate y cayó hacia atrás, quedando sentado en el suelo e inclinado hacia delante, *groggy,* con la mirada perdida y la boca abierta, babeando como idiotizado e incapaz incluso de lanzar un grito. Surinow sabía muy bien cómo aplicar una *tegatana.*

—Estúpido...

Surinow se acercó a la panoplia. Tomó la daga más larga y afilada y luego se situó a la espalda de Letse Fuwong. Le pasó el brazo por debajo de la axila izquierda pegándolo a su cuerpo y así lo arrastró hasta enfrentarlo con el pequeño altar.

Se acuclilló e hizo arrodillar al funcionario manteniéndolo siempre delante de él como si se tratara de un escudo.

—Veremos qué tal lo toman todos. Vas a morir como un japonés.

Pasó su brazo armado con la daga oriental y curva por debajo de la axila derecha de Letse Fuwong que entre sus brazos era como un muñeco. A causa del dolor que sentía, era incapaz de reaccionar. Surinow apoyó la punta de la daga sobre el vientre del funcionario, inclinando el arma para darle una trayectoria ascendente. Entonces empujó con fuerza, hundiendo todo el acero.

Letse Fuwong sufrió violentas contracciones. Quiso retroceder, pero su espalda tropezaba contra el pecho de Surinow y los brazos que lo sujetaban. Como única salvación, logró asir la mano armada, pero no consiguió quitar la daga de su vientre; es más, Surinow tenía toda la fuerza y retorció el afilado acero dentro de su cuerpo, abriéndolo completo en un perfecto *harakiri;* sólo que en este caso era un asesinato y no un honorable suicidio.

La sangre escapó a borbotones y Surinow soltó la empuñadura de la daga. Tomando la mano de su víctima, la puso sobre la propia daga y lo empujó hacia delante quedando encorvado sobre sí mismo. Letse Fuwong, con la cabeza contra el suelo, empapó el almohadón de sangre.

Surinow observó su mano manchada y para impedir que gotease, la pasó por las ropas de su víctima. Una vez limpiada en parte, buscó el baño, donde se lavó con abundante agua, haciendo desaparecer todo vestigio de sangre.

Tomó el portafolios y lo cerró, dejando el dinero falso esparcido por el suelo. La policía ya tendría un motivo para justificar el supuesto suicidio del honorable Letse Fuwong y la superioridad, debido a su alta condición dentro del Gobierno, echaría tierra al asunto y no se volvería a hablar de él. Con todo aquel sistema de corrupción a todos los niveles, contaba y jugaba Surinow que abandonó el *cottage* empleando, no obstante, todas las reservas para no dejar huellas.

Algo más lejos estaba su automóvil, con el que se alejaría lentamente, sin apremio. No era un vulgar asesino que se asustase después de cometido un crimen.

CAPÍTULO VI

El almacén portuario estaba cerrado.

Moses Pacific Savage observó dos automóviles estacionados a cierta distancia del almacén con los faros apagados, pero estaba seguro de que vigilaban el lugar. No podía saber cuántos hombres había dentro de cada coche, pero como mínimo sería uno por vehículo.

La información recibida parecía auténtica. En aquel almacén viejo, de maderas carcomidas, debían estar acumuladas y cubiertas con sacos las piedras del valioso templo de Kwan Wing.

Dio media vuelta y buscando las sombras, con su paso ágil y elástico, regresó al «Ford» que había alquilado, pues había dejado el *jeep.* Dentro del coche aguardaban Taymi y Ricky.

— ¿Has visto algo, Savage? —preguntó la muchacha.

—No mucho, pero creo que los contactos que he tenido han sido buenos. He pagado algunos dólares por información y parece correcta; no siempre hay tanta suerte.

—Si el tem...templo está ahí, po...po...podemos denunciarlo a la po...po...policía.

—Sería inútil, Ricky —contestó Taymi—. No harían nada, todo está en regla oficialmente. Esa corporación especializada en demoliciones parece gozar de las bendiciones de la administración, para vender las piedras como material de recuperación.

—Han hecho una buena jugada y cuando un negocio sucio se oficializa, es muy difícil denunciarlo...

— ¿Qué podemos hacer para que no se lleven el templo piedra a piedra, para impedir que roben esa joya arquitectónica que pertenece a mí pueblo?

—De momento, las cosas no están muy bien aquí. Tengo datos que nos pueden conducir al comprador, aunque me falta ligar un par de cabos.

— ¿Y después? —inquirió Taymi.

—Volaremos a los Estados Unidos. Si deseas quedarte aquí, Taymi, puedes hacerlo.

—No, yo iré contigo.

— ¿Ti...ti...tienes los pa...pa...papeles en regla? —preguntó el japonés.

—No, pero si Savage lleva un paracaídas en su «Piper-Jet» no habrá problema.

—De acuerdo —aceptó Savage—. Utilizarás el paracaídas y será de noche para que no te vean caer. Cuando llegue el momento, ya te sacaré de los Estados Unidos camuflada de alguna forma.

—Gracias por arriesgarte por mí, Savage.

—Ricky... —interpeló Savage.

— ¿Sí?

—Mira, te voy a llevar al hotel. Si quieres salir, puedes hacerlo.

—Com...com...comprendo. Tú... tú y Ta...Ta...

—No sigas, sé que me has entendido —repuso Savage.

Puso el «Ford» en marcha y se alejó del lugar donde lo estacionara con las luces apagadas.

Llegaron al hotel Shekton. Al pedir la llave, Savage escrutó el rostro del conserje y le pareció todo muy natural, no descubrió ninguna contracción de nerviosismo o preocupación. Después, con la llave en la mano, se dirigieron al ascensor donde el pequeño ascensorista se quedó boquiabierto mirando a Ricky que tuvo que inclinar la cabeza para permanecer dentro de la cabina.

—Si to...tomas mu...mu...mucha leche, te harás al... alto como yo —le dijo Ricky, con su habitual sonrisa beatífica.

—Entonces, perderé el trabajo porque no cabré en el ascensor —replicó el chico.

Se acercaron a la puerta de la habitación que Savage compartía con Ricky.

—Quietos —pidió Savage.

Abrió la puerta con sigilo. Estiró su mano, encendió la luz y sus ojos verdes barrieron la estancia buscando algo anormal. No encontró nada sospechoso. Pasó al cuarto de aseo y también quedó satisfecho. Volvió a salir al pasillo.

—Podemos entrar, no hay nadie por aquí.

El cuarto de Taymi estaba, justo al lado. Savage repitió la operación en el otro dormitorio.

—Tampoco hay nadie aquí.

—Parece que eso no te gusta —opinó Taymi.

—No, la verdad, no me gusta. Es raro que no hayan pasado por aquí después de nuestra visita al templo que están robando. O son muy tontos o muy listos.

—Yo me inclino por lo segundo.

—En ese caso, Taymi, tomaremos más precauciones. Si quieres cambiarte, tienes media hora para hacerlo; después saldremos a cenar.

— ¿Me invitas a vivir la noche de la ciudad más excitante de Oriente?

— ¿Por qué no? ¿Me temes a mí o a ti misma?

—Ni a ti ni a mí. Ya sé que un día próximo nos separaremos y seguiremos siendo lo que somos ahora; lo que ocurra mientras no me asusta, todo lo contrario.

—Opino lo mismo. Siempre he dicho que tú y yo nos entendemos,

Taymi.

Savage dejó a la muchacha en su dormitorio y regresó junto a Ricky.

—Cuando nos hayamos ido, te vas a dormir a la otra habitación.

—De...de acuerdo.

—No me gustaría que nadie se presentara en este cuarto y te pillaran dormido.

—No, no me c...co...cogerán, haré *za...za...zazen.*

—Puedes avisar al servicio de restaurante y que te sirvan la cena en la habitación. No adviertas que te vas a cambiar de cuatro y cuando hayan recogido el servicio, te cambias.

Savage pasó al baño y se duchó, poniéndose ropa limpia, un nicky morado oscuro, casi negro, y un pantalón *beige.* Iba a dirigirse a la puerta cuando sonó el timbre del teléfono. Lo mismo Ricky que él se quedaron mirando el aparato telefónico. Savage se acercó y tomó el auricular.

— ¿Diga?

Hubo una pregunta al otro lado de la línea. Savage asintió.

—Sí, soy Savage.

De nuevo volvieron a hablar a través del hilo.

— ¿Es confirmado?

—Comprendo, era de esperar. Gracias. —y colgó.

— ¿Ma...ma...malas noticias?

—El honorable Letse Fuwong ha muerto.

— ¿Có...cómo?

—Según la filtración policial, se ha hecho el *harakiri,* algo increíble por estas latitudes aunque siempre hay imitadores de los japoneses.

— ¿Tú... tú lo crees?

—No sé, más bien pienso en un asesinato disimulado, pero es un asunto que debe resolver la policía local. Parece que junto al cadáver había un buen número de dólares USA falsos. Creen que pudo meterse en algún lío de falsificación.

Savage se volvió hacia la puerta, acababan de llamar. Abrió y descubrió a Taymi, deslumbrante con su *sari,* que tenía una sensación de transparencia.

El cabello esponjado e intensamente negro y brillante caía suelto sobre los hombros torneados y los grandes ojos ligeramente oblicuos estaban remarcados por un *eye-liner* verdoso, entre párpado y cejas. Los pechos jóvenes, altos, plenos, empujaban la suave tela de gasa entretejida con hilos dorados y plateados formando dibujos exóticos.

—Estás maravillosa, Taymi. Nadie diría ahora que eres una guerrillera.

—El traje de combate no excluye que se pueda vestir de otra forma. Yo no pretendo que todo el mundo sea pobre, sino que todos

seamos más ricos.

—Estás muy hermosa, tanto que parece que no lleves nada debajo del *sari.*

—Es que no llevo nada...

Savage correspondió a la revelación de Taymi con una amplia sonrisa y tras despedirse de Ricky, ambos salieron al corredor. Poco después estaban en el «Ford» que se hallaba en el área de estacionamiento.

— ¿Adónde me llevas?

—A un restaurante muy especial; después visitaremos un *night-club.* Hay un informador que me tiene que pasar un, dato.

— ¿Importante?

—Mucho, puede ser la clave de lo que buscamos.

— ¿El nombre de quien roba el templo de Kwan Wing?

—Es posible.

Los faros del automóvil americano barrieron la calle, alejándose del hotel.

Mientras circulaban, Moses Pacific Savage contó a Taymi lo que sabía respecto a la muerte del honorable funcionario de la administración nacional, Letse Fuwong.

—Yo también opino que ha sido asesinado.

—Sí, es lo más probable y los dólares dejados pueden ser sólo una pista falsa para que no se investigue.

—De todos modos, sus superiores echarán tierra al asunto después de abrir todos los cajones, secreteres y cajas de caudales de Letse Fuwong por si tenía algo que les pudiera atacar a ellos.

— ¿Tan corrompido crees que está el sistema de este país?

—No es el único país. Se controlan rigurosamente los medios de información y se da al pueblo sólo lo que interesa que el pueblo sepa; lo demás, se silencia. La libertad de Prensa es imprescindible. Donde no se permite que un periodista meta el dedo en la llaga, seguro que el pueblo está explotado.

—Eso mismo opino yo, Taymi, pero ¿qué te parece si hablamos de ti hasta que encontremos a mí informador?

— ¿De mí?, *¿y* qué hay que hablar de mí?

—No sé. ¿Te resientes de las heridas?

—La verdad es que no. ¿Has visto las cicatrices?

—No.

—No me importa mostrártelas...

—Por favor, Taymi, no soy inerte y estoy conduciendo —le cortó, tragando saliva al ver que ella abría en parte el *sari* mostrando ampliamente la canal entre sus bellos pechos. El restaurante resultó muy elegante. Su propietaria era una euroasiática muy alta y sorprendentemente trigueña, pese a sus ojos rasgados. Tenía una

gran belleza y posiblemente una docena de años más que Taymi, lo que no la desmerecía en absoluto. Hizo una ligera reverencia y luego, acercándose más a Savage, lo besó en ambas mejillas. Taymi la miró de reojo mientras aguardaba a que concluyeran las efusiones de la propietaria del local que ofrecía a los franceses cocina indochina y a los indochinos, cocina francesa. Nada de ello era auténtico, pues se hacían los arreglos pertinentes para que todos los paladares quedaran satisfechos.

— ¡Te haces caro de ver, Savage!

—No siempre puedo estar en el mismo lugar, ya sabes que soy un hombre inquieto.

—He notado a faltar en muchas ocasiones tu magnífica digitopuntura.

—Es que tiene que repartir la gracias de sus dedos —objetó Taymi.

— ¡Uy, qué mona! ¿Es una nueva amiguita? —preguntó la bella euroasiática que respondía al nombre de Aurore.

—Es Taymi, una joven muy inteligente y capaz de dar la vida por sus ideas.

—Eso quiere decir que todavía es joven.

—Los años hacen la prudencia y la prudencia, a muchos traidores —arguyó Taymi incisiva.

—Veo que tienes la lengua afilada.

—Aurore, nos vas a preparar una cena frugal. La noche es larga y queremos divertirnos un poco.

—Comprendo. ¿Estarás mucho tiempo aquí?

—No Jo sé. La verdad es que nunca sé dónde estaré al día siguiente., quizá en un ataúd.

—No creo que eso pueda sucederte, Savage. Tienes un pacto con los demonios y nadie puede contigo, ni hombres ni espíritus y tampoco los elementos que desencadenan las catástrofes.

—Me abrumas, Aurore.

—No es ésa mi intención, sencillamente te conozco. —se volvió hacia Taymi y añadió—:En esta ocasión, lo magnifico se ha aliado con la belleza, la juventud y la inteligencia.

Ante palabras tan amables, Taymi no pudo menos que responder:

—Sólo me cabe pensar que habla usted de sí misma. El gran honor para mí sería ser un espejo para usted.

—Vamos a sentarnos. Aurore, quiero la mesa que da al río.

—Cuenta con ella.

—Si nos pasa la carta —pidió Taymi.

—No —cortó Savage—. Aurore se encargará de escoger nuestros platos, ¿no es cierto, Aurore?

—Sí y confío complaceros.

—Seguro que lo conseguirás.

La bellísima propietaria, que en lo único que se le notaba los años era en su seguridad en sí misma y el dominio de su entorno, levantó un dedo y de inmediato se acercó un camarero que condujo a la pareja hacia la mesa elegida por Savage.

Unos farolillos de cristales coloreados iluminaron la mesa tenuemente y al poco, el camarero comenzó a traerles la cena.

—Come sin reservas, Taymi. Aurore es perfecta en esto del bien comer. Tiene una sensibilidad especial para acertar con lo que más le va a gustar a cada comensal, Creo que mirándole a los ojos ella sabe si algo le sienta mal al hígado o al estómago y, en consecuencia, le presenta la comida adecuada.

— ¿Seguro que tu amiga no me envenenará? —inquirió no demasiado segura.

—Espero que no. Es una mujer que sabe que el exclusivismo sobre una obra de arte la destruye.

— ¿Quieres decir que no es celosa?

—Posiblemente se ha dado cuenta de que hay platos que, compartidos, no se estropean sino que mejoran.

—Pues yo soy de las que opinan que todas las mujeres somos, celosas, aunque luchemos por no serlo.

— ¿Y por qué habría de ser celosa? Ni yo tengo derechos sobre Aurore ni ella los tiene sobre mí; tampoco los tengo sobre ti ni tú sobre mí.

—Disculpa, creo que no he estado acertada. Me he comportado como una novia celosa y tú y yo no somos novios.

—Así es, Taymi. Sabes muy bien que un día de éstos dejaremos de vernos y posiblemente no volvamos a encontrarnos jamás, lo cual sería un pesar para mí.

—Debe ser muy divertido para ti ir de flor en flor.

—Puedo hacerlo porque no corto las flores para disfrutarlas en exclusividad. Las flores en las que me poso luego reciben a otros visitantes si ellas así lo prefieren.

—No todas.

—Es posible.

Taymi probó el platillo que le habían colocado delante y aprobó:

—Exquisito.

—Estaba seguro; es más, conociendo a Aurore, se habrá esmerado para que ésta sea una noche muy feliz para ti. Creo que te la mereces. Todavía recuerdo la noche en que tuve que sacarte dentro de un ataúd, herida, casi moribunda.

—Si es tanto como dices, tendré que ir con cuidado. A lo mejor nos ha preparado una cena afrodisíaca.

—Si son alimentos naturales y no drogas, ¿por qué quejarse?

Al terminar la cena, Taymi se sentía como sumergida en un cálido y

agradable bienestar. Le brillaban los ojos y notaba una desacostumbrada sensación en su piel, excitante y sensual. Respecto al estómago, no estaba en absoluto pesada.

—Debo admitir que tu amiga sabe lo que se hace.

— ¿Te ha complacido la cena?

— ¿Es tan buena en la cama como preparando una cena?

Savage rehuyó la respuesta. Consultó su reloj y dijo:

— ¿Nos vamos?

— ¿No esperas a que venga Aurore a preguntar si nos ha complacido la cena?

—No.

— ¿Por qué?

—Es más sutil que todo eso. Aurore no vendrá a buscar un halago, está segura de que nos ha complacido y no le hace falta confirmación. Además, se ha dado cuenta de que tú prefieres que no vuelva a besarme.

— ¿Te lo ha dicho?

—No ha tenido ocasión pero nos entendemos.

—Caramba, Savage. ¿Y para conseguir esa inteligencia mutua tuvisteis que pasar mucho tiempo juntos?

—No sé si eres muy suspicaz o un poco masoquista. ¿Te gusta sufrir?

—Es curioso que siendo éste mi país seas tú el anfitrión y yo la invitada que se queda boquiabierta.

—Será porque has permanecido mucho tiempo en la lucha. Vamos.

Abandonaron el restaurante. Savage pagó discretamente al *maître* y a lo lejos vio a Aurore. Ambos se sonrieron, pero no se acercaron el uno al otro. Se comprendían e incluso los dos sabían que en alguna otra ocasión volverían a encontrarse.

— ¿Adónde me llevarás ahora?

—Nos vamos a convertir en dos vulgares turistas occidentales o japoneses, aunque tú seas indígena de estas tierras. Seguro que no has entrado todavía en la Boite Tatti?

— ¿La Boite Tatti?

—Eso es.

—Hum —dijo alzando el mentón y poniéndose grave—. Tengo entendido que es el reino del sexo en la noche.

—Bueno, los hay peores, sólo que éste es de lo más conocido y grandioso. Los pequeños que tratan de emularlo, en realidad son mucho más fuertes en sus espectáculos para de esta forma captar más clientes.

Fueron andando, no estaba lejos del lugar adonde se dirigían del restaurante propiedad de Aurore.

Taymi sentía como si su cuerpo no pesara y en vez de caminar,

flotara sobre el suelo, desplazándose como encima de una nube. Se encontraba muy a gusto cogida del brazo de Moses Pacific Savage, aquel hombre excepcional, ciudadano del mundo, al que tantas y tantas mujeres habían tratado de conquistar, de atar para siempre sin haberlo conseguido y no por falta de ternura, de capacidad de amor físico y espiritual por parte de Savage, sino por el sentido de disciplina y obligación que se había impuesto para luchar contra el crimen, denunciándolo en su incisivos reportajes.

— ¿Quieres seducirme?

—Nada más lejos de mi pensamiento.

— ¿Por qué? Yo no me opongo.

—Taymi, creo que la cena sí ha sido un poco afrodisíaca. Tendré que protestar a Aurorepor su mala intención.

—Quizá, si es tan inteligente como dices, ha captado nuestra predisposición...

CAPÍTULO VII

La Boite Tatti era espléndida ya en su tachada. Tenía el aspecto de los grandes casinos franceses pero con estilo oriental, es decir, las luces eran farolillos que semejaban de papel, aunque por utilidad y perdurabilidad, ahora eran de plástico. Mas el efecto resultaba idéntico o más vistoso aún.

Dentro había ambiente. Unos hombres, aparentemente clientes, vigilaban la entrada del local por si algún cliente se ponía tonto y destrozón.

Dentro de la enorme sala, más que murmullo imperaba un tumultuoso parloteo, como una jaula llena de periquitos que quisieran hacerse notar. Predominaban los tonos agudos, especialmente de las muchachas de cabellos negros, lacios y fuertes, y ojos grandes y rasgados, y también el tintineo del cristal, copas y botellas.

En el escenario elíptico que se introducía entre las mesas, cuatro muchachas y un joven, todos orientales, llevaban a cabo una danza muy sensual. Cada una de las féminas trataba de atraer al hombre con un gesto, con la exhibición de una de sus bellezas que se desnudaba lentamente. Era un *strip-tease* múltiple, donde el hombre iba de una a otra, a cada esplendidez que se le ofrecía a la vista o al tacto. Y aquellas jóvenes parecían extraordinariamente dotadas para el cortejo amoroso. Cuerpos jóvenes, tersos, de piel sin arrugas ni bolsas, llenos donde debían de estarlo.

Un camarero distribuidor les condujo a una mesa pegada al escenario, pero en un lugar discreto donde los focos no cegaban.

— ¿Qué quieres tomar?

—Para una ocasión como ésta, champaña.

—Bien, una botella de champaña —pidió Savage al camarero, que les sonrió gentilmente.

—Hum, creo que me voy a erotizar más de lo que ya estoy.

— ¿Quieres, que volvamos al hotel?

—Tú tendrías que regresar, ¿no?

—Sí, estoy esperando noticias de mi informador. No es fácil tener informadores por todo el mundo; hay que hacer muchos favores a gente que cuando necesita ayuda nadie se la presta.

— ¿Tus favores son interesados?

—En absoluto, pero si luego pido otro a cambio y me lo dan, mucho mejor.

— ¿Y si no te lo prestan?

—Pues, me voy a buscar a otra parte.

— ¿No exiges?

—Cuando exigir no es justo, no, claro que no.

Un aplauso unánime cerró la actuación del grupo de danzarinas que exhibían su integral desnudez en la pista con gracia, sin grosería. Esa era una de las principales características que diferenciaban a la Boite Tatti de otras que trataban de emularla y quitarle clientela. No había ordinariez en las actuaciones, por más fuertes que éstas resultaran, ya que los números estaban enfocados hacia la sensualidad buscando todas sus variantes para no aburrir a un público acostumbrado a presenciar espectáculos fuertes. Muchos de los que allí estaban eran millonarios llegados de todas las partes del mundo, y si en algún club nocturno de la gran ciudad indochina podían verse más blancos o más variedad de razas, ese lugar era la Boite Tatti, donde el dinero corría fácil y rápido.

—Una vez oí comentar que este local era también un prostíbulo —dijo Taymi, en voz baja.

—Lo es, en realidad. No todas las chicas actuantes son rameruelas, pero algunas de ellas ceden, si la proposición es interesante, y los hay de muy caprichosos.

— ¿Qué opinas de la prostitución, Savage?

—Me da lástima. Creo que si todo el mundo tuviera libertad y oportunidades de un trabajo digno, la prostitución sólo estaría dentro de las gentes enfermas o malvadas por naturaleza; pero en estas circunstancias, me da pena y tengo que disculparla.

—Opino lo mismo, Savage. Lo que me repugna son esos tipos supuestamente honorables que repudian y condenan la prostitución y luego son ellos mismos quienes pagan los favores de chicas que no están fijas en burdeles. Un director, favoreciendo a su secretaria particular, en cierto modo la obliga a acostarse con él, y luego ésos son los que atacan a la prostitución, cuando ellos prostituyen a mujeres que posiblemente antes no se habían vendido jamás.

—Los hombres que hacen cola el sábado, ya al mediodía, en el Boulevard Rochechouart de París, pegados a las porterías de los edificios donde se les ofrece sexo rápido por unos pocos francos, es lo más bajo de la escala.

Una música oriental, muy armoniosa, marcó la aparición de la estrella del espectáculo.

La mujer era alta, esbelta, con unas turgencias que dejaban boquiabiertos a la mayoría de los clientes varones. La joven danzó en solitario, demostrando un total dominio de cada una de las partes de su cuerpo venusino.

Algunas mujeres occidentales que estaban allí acompañando a sus respectivos maridos, tuvieron que confesarse íntimamente que no habían llegado a imaginar jamás que una mujer pudiera tener un control tan grande de su cuerpo, de sus exuberancias, de su mismo sexo.

La bailarina, que no era ninguna novata en el escenario, se desenvolvía con plena naturalidad. Para ella era lo más fácil del mundo efectuar aquellas exhibiciones en público, al compás de una música escrita especialmente para que pudiera lucirse con su *high sexy.* Por ello, sus cálidos y hermosos ojos oscuros pudieron fijarse en Savage, acomodado junio a una mesa pegada al escenario.

Se sintió instintivamente atraída hacia aquel hombre y de forma ostensible le dedicó la mitad final de su actuación, hasta tal punto que arrodillada en la pista, llegó a acariciar el rostro de Savage mientras Taymi apretaba las mandíbulas con fuerza, conteniendo su disgusto y malestar.

Muchos envidiaron la suerte de M. P. Savage, que pudo constatar a lo vivo, en lo táctil, parte de la asombrosa y difícilmente explicable actuación, en la que la estrella del espectáculo conseguía detener el glotis en muchas gargantas masculinas y secar los paladares, haciendo difícil la salivación.

Cuando el número concluyó, la salva de aplausos fue estruendosa y la joven saltó por el piso del escenario dando las gracias con increíbles reverencias, haciendo voltear su espesa cabellera negra que, simplemente cepillada, le llegaba unas pulgadas más abajo de la cintura, justo donde nacía la canalilla de separación glútea.

— ¿La conocías también a ella...? —inquirió Taymi, ácida.

—Pues no, no recuerdo.

—Nadie lo diría; parecíais amantes de toda la vida.

Mientras todavía sonaban los aplausos, un camarero se acercaba a la mesa. Llevaba una bandeja con una botella, dos copas y una servilleta de papel que puso junto a Savage al tiempo que le decía:

—Es lo que había pedido.

Savage comprendió. Tomaba la servilleta con sus dedos cuando el camarero cayó bruscamente hacia delante, derribando lo que había sobre el mantel, incluyendo la botella que llevaba.

— ¡Ah! —gritó una mujer de la mesa contigua.

En la espalda del camarero destacaba la empuñadura de un puñal que debía haber sido lanzado a distancia, desde algún lugar falto de luz de la gran sala.

— ¡Lo han asesinado! —exclamó Taymi, poniéndose en pie.

El propio Savage se ladeó justo a tiempo, pues sobre el respaldo de su silla se clavó otra hoja de acero.

— ¡Vamos, corre, la cosa se pone fea!

Se produjo un gran revuelo en la sala, mientras las personas que se habían percatado del asesinato se apartaban corriendo del lugar, derribando mesas al huir de la muerte que creían iba a alcanzarlas.

Savage cogió la mano de Taymi y estiró de ella, escapando entre las mesas tras haberse guardado en un bolsillo la servilleta de papel

que su informador le entregara antes de caer asesinado.

El presentador del local corrió a un micrófono para impedir que el caos se apoderara de todo el público, lo que podía constituir una verdadera tragedia. Savage sabía que debía huir y no por cobardía, sino para evitar males mayores; aquél no era su terreno.

—*Ladies and gentlemen...* Por favor, por favor, no sucede nada, sólo que un camarero ha bebido demasiado. No es nada... Vuelvan a sus asientos, por favor... — repetía, llamando a la calma mientras dos camareros echaban un mantel sobre el asesinado y se lo llevaban en volandas. Pese al mantel que cubría el cuerpo, se notaba el bulto de la empuñadura del cuchillo asesino, posiblemente un *aikuchi* de doble filo, un arma perfecta para ser lanzada a distancia.

Savage, llevando a Taymi cogida de la mano, quiso correr hacia la salida a través del anfiteatro de la sala, mas no tardó en aparecer un grupo de hombres armados con navajas. Dos de ellos llevaban *nunchaku.*

— ¡Quieta, Taymi!

Se abalanzaron sobre ellos y Savage inició la contraofensiva.

— *¡Kiaiii!...*

El primero de los atacantes perdió su navaja al recibir un *shuto-uchi* en la muñeca, que quedó partida.

— *¡Kiaiii!...*

El *kiai* de Taymi era más sonoro, y pese a estar limitada de movimientos por el *sari,* consiguió bloquear un ataque de cuchillo y replicar con un *haito-uchi* en el cuello de su enemigo, enviándole contra una mesa.

— ¡Aggg!... —fue lo que brotó por la boca de otro de los asesinos al ser proyectado de cabeza contra la pared.

Un *nunchaku* se movió, buscando la cabeza de Savage, que esquivó los golpes con movimientos de Kung Fu.

Taymi se defendía bravamente, pero Savage trataba de mantenerla un poco más atrás y él detenía la embestida de aquellos miserables que, obviamente, iban a matar.

Otro de los atacantes, víctima de una proyección de hombros efectuada por Savage, salió volando del anfiteatro hacia las mesas. Cayó sobre una de ellas, que se destrozó. Uno de los clientes, como si se tratara de un bicho extraño y molesto, lo remató de un botellazo.

Los *atemis* de Savage con pies, codos y manos fueron despejando el camino. Se empleó con una dureza no habitual en él, ya que los atacantes eran muchos, iban armados y estaba Taymi, que aunque era una experta en karate y Tae Kwon Do, no se hallaba en las mejores condiciones para luchar, después de la cena y limitados sus movimientos por el vestido.

— *¡Kiaiii!...*

La nariz ya aplastada de uno de los asiáticos atacantes se hundió por encima del maxilar al recibir un demoledor puñetazo invertido de Savage. El *gyaku-zuki* entró limpio y con terrible contundencia.

La lucha se hizo feroz. Dos consiguieron golpear a Taymi, que perdió el equilibrio, agarrándose a una columna para no caer. Pese a que peleaba con su mejor técnica de karate, aquél no era su momento óptimo para la lucha.

Savage tuvo que acudir en su defensa cuando un *nunchaku,* la terrible arma constituida por dos palos de dura madera unidos con una cadena, iba a partirle la cabeza.

Extendió su brazo delante del *nunchaku,* rompiendo su fuerza al caer la cadena contra el antebrazo. El palo agresor bajó y la mano de Savage giró hacia la izquierda doblando el codo.

Con el nudillo del pulgar proyectó un *ippon* al asesino, cazándole el hueso de la mejilla, justo bajo el ojo. Se partió el yugal, lo que hizo que en medio de intensísimos dolores por la fractura, su vista se duplicara como si se hubiera emborrachado y fuese víctima de una brutal diplopía.

Savage vio que otros iban hacia ellos y pensó en retroceder, al ver que Taymi no estaba muy bien. La cogió entre sus brazos y corrió hacia una puerta que cerró tras cruzarla, pasando el cerrojo.

— ¡Ven! —le pidió una voz femenina.

Savage reconoció inmediatamente a la espectacular danzarina y decidió confiar en ella. La chica le condujo hacia una puerta del fondo de un corredor y luego, por una angosta escalera de caracol. Al llegar a un piso superior, ella empujó lo que simplemente parecía un trozo de pared tapizada en seda y ésta giró, ofreciendo una entrada camuflada.

—Quedaos aquí hasta mañana. Nadie os molestará, pasad el cerrojo.

— ¿Seguro que no nos encontrarán?

—No, ésta es una habitación para gente importante.

—Comprendo.

La danzarina indochina cerró la puerta disimulada. Abajo seguía habiendo ruido y Savage pasó el cerrojo. Sólo entonces encendió la luz, para ver la estancia en que se había metido llevando en brazos a Taymi, que ya se recuperaba.

La habitación no era excesivamente amplia; tendría unos quince metros cuadrados, quizá algunos más, con una cama redonda y mullida en su centro cubierta con seda fucsia, que llegaba hasta el suelo.

Todas las paredes estaban decoradas con gasas de colores sugestivos. Había profusión de espejos y destacaba uno pegado al techo sobre la cama y redondo como ésta. También había una bañera

circular. El suelo estaba alfombrado y sonaba una musiquilla suave, apenas perceptible pero que se metía en los sentidos.

M. P. Savage depositó a Taymi, con suavidad, sobre la cama. Como si ésta actuara como resorte al captar el peso de un ser humano, por debajo escapó un aroma agradable y profundo, posiblemente enervante.

— ¿Cómo te encuentras, Taymi?

—Uf, pegaban duro.

—Sí, son asesinos. Posiblemente muchos de ellos estaban en la demolición del templo de Kwan Wing y nos han venido siguiendo.

— ¿El camarero era tu informador?

—Sí.

— ¿Era camarero? —preguntó, siempre tendida en la cama, boca arriba.

—No, no era camarero. Yo ignoraba en qué forma se acercaría a mí para darme el informe que le había pedido.

—Ellos se habrán dado cuenta de que no era camarero.

—Posiblemente. Ahora restablecerán el orden en la sala y todo parecerá normal. Nadie desea que este local pierda su atractivo, no interesa ni a las autoridades, pues gracias a él acuden muchos turistas occidentales, lo mismo que a las salas de masaje que existen, o a esas chicas que en plena calle son ofrecidas por niños que actúan como vendedores de sexo y que quizá son sus propios hermanos.

— ¿Qué haremos ahora?

—Esperar. Si salimos ahora no llegaremos lejos; cuando menos, nos habrán colocado una bomba en el coche.

—Entonces, ¿no podemos salir de aquí?

—No, por ahora.

— ¿Y qué es esta habitación?

— ¿No te lo imaginas?

—Ya... ¿Así son todas las habitaciones para hacer el amor?

—No todas, las hay diferentes. Esta es muy especial, para altos personajes que no desean ser molestados en medio de sus esparcimientos más íntimos.

Taymi contuvo un gesto de dolor.

—Me han dado fuerte, creí que me rompían la espalda,

— ¿Me dejas que te vea? Quizá tenga que llevarte a un hospital.

— ¿Para qué me asesinen allí? —inquirió con un mohín.

— ¿Te molesta quitarte el *sari* hasta la cintura?

—Sí, como no. Conozco la habilidad de tus dedos para mitigar el dolor.

Taymi se puso en pie sobre la cama. Se quitó el bello *sari* de los hombros y éste resbaló hasta los tobillos. Efectivamente, debajo no llevaba nada más.

—Tienes unas rojeces en la espalda.

—Me han golpeado cuando me estaba defendiendo frente a otro.

Savage apartó los cabellos de la espalda colocándose los por encima de los hombros, para que se desbordaran sobre los pechos. Después, centró las yemas de los dedos en la espalda femenina y comenzó a ejercer una presión deslizante.

— ¡Aaaah! —suspiró Taymi, como notando una sensación agradabilísima.

M. P. Savage siguió tratándola. Ella dobló las rodillas y se fue acuclillando de espaldas al hombre, que para masajearla mejor subió de rodillas a la cama. Como si ésta acusara su peso, automáticamente se apagaron las luces y se encendieron unas rojas indirectas. Se vieron reflejados en todos los espejos en tonalidades rojizas.

—Savage, sigue, por favor.

Savage comprendió y se dio cuenta de que a la joven ya no le dolía la espalda. Besó su piel, llegando hasta la nuca, mientras sus dedos, muy expertos, recorrían las hendiduras entre las costillas.

Taymi ladeó la cabeza, entreabriendo los labios para buscar el rostro de Savage, esperando que él encontrara rápido sus labios húmedos, como si para ella fuera apremiantemente vital que la besasen.

Savage acopló su boca sobre la femenina.

La suave música seguía envolviéndoles, lo mismo que el aroma que ya era excitante para sus sentidos, al igual que la luz rojiza que todo lo envolvía y reflejaba sus cuerpos hermosos y desnudos en todos los espejos, incluido el del techo.

Afuera seguirían esperando los matones que no estaban seguros de si la pareja había conseguido salir de la Boite Tatti. La noche, con sus sombras, podía ser cómplice de cualquier fuga.

CAPÍTULO VIII

La «Piper-Jet» había entrado en suelo americano.

Moses Pacific Savage había contactado ya con el aeropuerto de San Francisco, dando su ruta y pidiendo autorización para aterrizar, aunque todavía estaba muy lejos de la gran metrópoli, la ciudad más culta de los Estados Unidos, el orgullo de California.

Ricky medio dormitaba en una de las butacas de la *Spirit of Samurai,* que pilotaba Savage.

— ¡Prepárate, Taymi!

—Sí —aceptó ella, colocándose el paracaídas.

—No te olvides del mapa.

—Lo llevo encima.

—Nos esperarás en el lugar adecuado. Mantén tu teletransmisor a punto, nosotros nos comunicaremos contigo.

—Estaré atenta.

— ¿Piensas que podrás dar bien el salto?

—Sí, no es la primera vez que me lanzo en para— caídas.

—Es que no es igual dar el salto desde un avión a reacción.

—Tú sabrás ponerlo en su momento justo.

—Eso espero. ¿Te sigue doliendo la espalda?

—Ya no. Tienes unos dedos extraordinarios, lo malo es que no soy la única mujer que te lo dice.

—Acércate a la puerta, pero no la abras hasta que te lo indique.

Volaban de noche y el paracaídas era negro, lo mismo que la vestimenta de Taymi. Savage esperaba que la muchacha no fuera descubierta, aunque lo máximo que podía pasar era que los del Departamento de Inmigración la empaquetaran de nuevo en un barco o avión, de retorno a la Indochina, por entrada clandestina en los Estados Unidos.

—Un momento...

Taymi, que se hallaba dispuesta, antes de dirigirse a la puerta se inclinó sobre Savage y lo besó en los labios.

—Si me pasa algo, no me olvidaré de ti ni aun después de muerta.

No esperó a que Savage respondiera. Savage sentía deseos de retenerla, de unirse a ella para toda la vida. Era una mujer maravillosa, podía decirlo por propia experiencia; sin embargo, ni él podía sujetarla a ella, embarcada en una lucha patriótica, ni Taymi sujetarlo a él, responsable de Liberty Garden, la escuela de los nuevos budokas que revertirían por toda la Tierra luchando por una justicia que no parecía existir en ninguna parte.

Detuvo el motor en pleno vuelo. Tomó un plano inclinado muy ligero, no superior a diez grados y fue perdiendo altura y velocidad. Entonces, colocó los aerofrenos y la «Piper-Jet» sufrió una vibración que Savage pudo controlar bien.

— ¡Voy a despresurizar el aparato!

Perdieron altura con los aerofrenos puestos y el motor parado, aminorando velocidad y altura. Mientras Savage trataba de recuperar los diez grados de inclinación para no caer en picado, fue nivelándose la presión interior con la exterior, hasta que apareció la luz verde que esperaba.

Savage controló entonces la velocidad, que estaba en doscientas ochenta millas, y le dijo a Taymi:

— ¡Ahora y suerte!

— ¡Adiós!

— ¿Qué, qué pasa?

La pregunta de Ricky no obtuvo respuesta. El avión perdía altura con peligro de ser irrecuperable. La puerta se abrió y Taymi se lanzó al vacío. Savage no podía ver si la joven saltaba bien, si se le abría el paracaídas de color negro que la camuflaría en el cielo nocturno.

— ¡Ricky, cierra la puerta herméticamente!

—Sí, sí.

Ricky se levantó, tambaleándose, y estuvo a punto de caer al vacío, pero abrió los brazos y ya no pudo pasar por el boquete de la puerta. Después cerró y aseguró su hermetismo.

La *Spirit of Samurai* seguía cayendo con el motor parado. Savage quitó los aerofrenos y trató de enderezar el morro del aparato, consciente de que si tenía la proa en picado y le daba al motor, lo que sucedería es que aceleraría la caída de una forma brusca.

Consiguió ganar unos grados y puso en marcha el motor a reacción. La «Piper-Jet» sufrió un brusco acelerón en el que Savage consiguió enderezar el aparato y ganar altura al tiempo que el motor recibía más y más carburante para aumentar su potencia.

—Puedes sentarte, Ricky, todo bien.

—Si ya es-estoy sentado —respondió Ricky, que estaba en el suelo, debido a las bruscas maniobras que Savage había tenido que realizar para no estrellarse. Una «Piper-Jet» no era un «Phantom» en el que el piloto podía salir despedido en paracaídas, sin peligro.

— ¡Aquí torre de control, aquí torre de control!

Savage respondió con la clave correspondiente.

— ¿Le sucede algo? Se ha desviado unos gratos de su ruta, corto —le dijeron desde la torre de control que por radar le vigilaban, como a todos los aparatos que sobrevolaban suelo californiano.

—He tenido unos fallos de motor.

— ¿Está en peligro?

—Ya no, todo bien, sigo ruta.

El aterrizaje fue sencillo para Savage, acostumbrado a tomar tierra en lugares inverosímiles aun siendo su aparato una «Piper-Jet» a reacción y no una vulgar avioneta a hélice, capaz de tomar tierra en cualquier sembrado de patatas.

La vigilancia del aeropuerto se ocupó de la revisión del aparato mientras Savage pedía que los mecánicos la miraran a fondo.

Ricky y Savage salieron sin problemas del aeropuerto.

Afuera, en el estacionamiento, aguardaba el «Daymio», el gran coche de seis ruedas y siete litros de cilindrada. Juanito Chancleta, el

portorriqueño de pequeña estatura y asombrosa agilidad, eficaz colaborador de Savage, estaba al volante.

— ¿Ha habido problemas, Savage? —preguntó Juanito.

—Hemos de resolver un asunto y ya tengo un nombre.

— ¿Reside en San Francisco?

—Sí, pero ahora hay que ir a recoger a una amiga.

Ricky se acomodó en su butacón giratorio, al cual accedía por la doble portezuela posterior, ya que el coche tenía diseño de ranchera. El gigante japonés, con sus ciento ochenta kilos de peso, se arrellanaba plácidamente en su sillón, cerraba la doble puerta y después giraba, poniéndose en el sentido de la marcha.

— ¿Es un asunto grave?

—Están robando un templo muy valioso. Un funcionario corrompido, para que quien le sobornaba pudiera llevárselo tranquilamente, lo declaró en ruinas y luego una empresa fantasma de demoliciones se encargó de desmontar el templo, piedra a piedra.

—Esa clase de asuntos vienen sucediendo con demasiada insistencia. Con dólares se pueden comprar templos, monasterios, edificaciones antiguas y muy importantes y, después, trasladarlas piedra a piedra como han hecho con algunos castillos, monasterios y claustros europeos. Eso se venía haciendo hasta que se dio la voz de alarma para que todos los pueblos protejan debidamente sus monumentos.

—No obstante, continúan robándose esas joyas, máxime cuando el lugar del robo tiene sujetos que se dejan sobornar y aman más su propia codicia que a su patria y a su historia.

— ¿Y el comprador?

—Mañana le visitaremos; me temo que nos estará esperando.

— ¿Confías convencerle para que no robe el templo?

—Por lo menos, voy a intentarlo —respondió Savage, mientras rodaban a gran velocidad por el asfalto californiano en dirección sudeste,

Savage pisaba fuerte el acelerador del «Daymio», porque estaba ansioso de volver a ver a Taymi, a la que viera desaparecer al lanzarse por la puerta abierta del pequeño avión.

Salió de la autopista, se internó por una carretera de segundo orden y después pasó a una carretera del desierto. Detuvo el coche y tomando el teletransmisor, lo accionó.

—Día llama a Estrella, Día llama a Estrella, corto.

Hubo un silencio expectante. El motor del «Daymio» estaba detenido y los faros apagados.

—Estrella llama a Día, Estrella llama a Día, corto.

Savage respiró tranquilo. El lanzamiento había tenido éxito.

—Día llama a Estrella. ¿Estás bien? Corto.

—Perfectamente, voy caminando al objetivo. Creo que me falta mucho. Corto.

—No te preocupes, hacia allá vamos nosotros. Corto y fuera.

Savage, ya más tranquilo respecto a la suerte de Taymi, dio a la llave de contacto y reanudó la marcha.

CAPÍTULO IX

La gran finca se hallaba casi a cien millas por la autopista interestatal. Había que salir de ella y tomar una carretera que se adentraba en un área arbolada, un pequeño valle protegido de los vientos donde una cuidada vegetación crecía feraz.

La propiedad, extensísima, se hallaba cercada por tres pies de muro. En el resto, hasta la altura de nueve pies, había tela metálica y de trecho en trecho un letrero advertía que era propiedad privada y que había animales salvajes sueltos.

Moses Pacific Savage detuvo el deportivo «Mercedes-Benz» delante de la gran puerta de hierro que daba acceso a la finca y desde la cual no se llegaba a ver el edificio debido al gran arbolado allí existente.

Savage tocó el claxon con insistencia y terminó saliendo el vigilante por una puerta lateral. Iba armado con una escopeta de doble cañón.

— ¿Qué quieren?

—Beetle Chieng nos espera.

— ¿Su identificación, por favor?

— ¿Por qué va armado? —le preguntó Taymi, directamente.

—Hay animales salvajes sueltos en la finca.

— ¿Qué clase de animales?

—Leopardos. Viven dentro de la propiedad, y aunque están bien alimentados pueden resultar peligrosos —dijo el guardián, con amabilidad.

M. P. Savage mostró su identificación y el vigilante dijo:

—Un momento, ahora les abriré la puerta. Cuando circulen por la finca no se detengan ni abran las ventanillas; pueden correr peligro.

—Un momento...

— ¿Qué, señorita?

— ¿Esos animales sueltos no se acercan a la casa?

—No, se toman medidas adecuadas.

El vigilante, no deseando dar más explicaciones, abrió la gran verja electrónicamente y el «Mercedes-Benz» se introdujo en la propiedad, cerrándose la puerta de inmediato.

Savage avanzó sin prisas, como contemplando el paisaje, que se extendía a derecha e izquierda.

—No debiste venir, Taymi, esto puede resultar muy peligroso.

—Estoy preparada. Ahora no visto un *sari* ni he tomado champaña.

—Sin embargo, será una situación arriesgada y en este asunto del robo del templo de Kwan Wing no contamos con el apoyo de la ley.

—Sí, ya sé que se trata del robo de un monumento religioso, una joya arquitectónica de mi nación y que las autoridades que allí tenemos se preocupan muy poco de este tipo de robos, pero hay que luchar donde haga falta. Yo te pedí que te metieras en este asunto del robo de Kwan Wing. Muchos considerarán que robar un brillante o un determinado cuadro es muy importante, pero no se puede comparar en valor económico ni artístico, con todo un templo. Estas cosas son mucho más difíciles de que sucedan en una nación desarrollada porque tiene sus leyes de protección, pero en países subdesarrollados como el mío, donde el pueblo aún carece de la cultura necesaria, esta clase de expolio es un abuso por parte de los que tienen el dólar en sus manos.

—Es cierto, y cuando tu pueblo avance, evolucione y tenga la cultura que ahora busca, ya será tarde; lo que les perteneció se hallará en otra parte. Las guerras sirven también para expoliar obras de arte, por ello hay que admirar muchas obras en países diferentes al lugar donde fueron creadas, y cuando no es una guerra, se aprovecha el subdesarrollo de los pueblos y la ambición de sujetos sumergidos en la corrupción. Tienes toda la razón al luchar para impedir este robo, Taymi. Que cuando tu pueblo adquiera conciencia del valor de sus monumentos milenarios y artísticos, éstos se hallen en el lugar donde fueron levantados, que no se encuentren con que han desaparecido.

—Si logramos impedir que las piedras fueran embarcadas, yo creo que con una airada llamada a los muchachos y muchachas de la universidad de mi país sería suficiente para que ellos mismos reconstruyeran lo que ya está desmontado. Ellos sí conocen el valor de un templo milenario como el de Kwan Wing.

—Sí, creo que nadie mejor que los estudiantes, los hombres del mañana, para volver a colocar en su lugar lo que ahora os van a robar de forma descarada y apelando, incluso, al crimen, para conseguirlo. Cuando veamos a Beetle Chieng, déjame hablar a mí y mantente tranquila. Si ese hombre ha movido cielo y tierra para comprar el templo de Kwan Wing, ha tenido que gastar muchos dólares, por lo que es fácil deducir que no estará dispuesto a renunciar a lo que ya debe considerar suyo.

—Mira, ahí está la casa.

—Una gran mansión, de estilo oriental... Y no es para menos, con toda la extensión de tierra que tiene cercada.

—Debe ser muy rico.

—Eso por descontado, y quien tiene mucho dinero puede utilizar una parte de él para que otros extorsionen, roben o maten por él. Es el peligro que se corre cuando algunos sujetos adquieren demasiado poder y el poder se obtiene con dólares.

— ¿No crees en los multimillonarios justos?

—No; si fueran justos no serían multimillonarios. Claro que no se puede decir que todos utilicen idénticos métodos. El hombre siempre ha sido un depredador nato y el más fuerte aplasta al más débil, En la prehistoria, el que tenía más fuerza mandaba, hasta que debió salir alguien con más astucia y mandó sobre el que tenía la fuerza. Después, vino el dinero con qué comprar brazos y conciencias y dejaron de mandar el astuto y el fuerte. ES poder pasó a manos del que tenía el maldito dinero. Con el dólar, si no se compra todo, sí casi todo.

—Todo no, Savage. En cada lugar hay hombres y mujeres que no se venden. Como tú, como Ricky, como Juanito, como amigos que yo tengo.

—Y como tú, Taymi, como tú.

El automóvil se detuvo frente a la puerta principal de la gran mansión construida en gran parte con madera, imitando la arquitectura tradicional china.

Nadie salió a recibirles.

Savage y Taymi se apearon del coche y permanecieron unos instantes quietos, observando la puerta entreabierta. Savage dijo en voz baja:

—No quiero engañarte, pero nos estamos metiendo en la boca del lobo y es posible que nos devore.

—Si hubiera tenido miedo, haría mucho tiempo que me habría casado con cualquier chupatintas de mi país y esperaría los fines de semana para ir a disfrutar de una segunda residencia, a la que no tienen derecho el noventa por ciento de los ciudadanos de mi país.

—Entonces, adelante.

Terminaron de empujar la puerta y ésta se abrió, penetrando en un vestíbulo apenas iluminado. A lo lejos se oían risas, risas alegres como de cascabel, risas de mujeres jóvenes.

—No viene nadie a recibirnos.

—Vendrán, Taymi, vendrán, estate preparada.

Iban a pasar a lo que debía ser el gran salón de la mansión de estilo oriental, cuando ante ellos, a unos cinco o seis pasos, apareció un hombre alto, ágil y fuerte, su cráneo aparecía totalmente rapado. Se quedó mirando a la pareja y sonrió con hiriente suficiencia.

—De modo que tú eres Savage...

—Sí, y tú Surinow, ¿me equivoco?

— ¡Vaya! Por no habernos visto nunca antes, hemos podido identificarnos pronto.

— ¿Dónde está Beetle Chieng?

—Seguidme y os recibiré. Por favor, pasad uno detrás del otro.

Señaló el pequeño paso que quedaba entre unas cadenas doradas, al estilo de las que se colocan en muchos museos para ordenar el

paso de los visitantes o en determinados aeropuertos para controlar a los viajeros.

Savage miró a un lado y a otro. Descubrió unos ojos electrónicos y preguntó:

— ¿Es un detector de armas?

—Eso es. Una simple precaución para que no tengamos sorpresas desagradables, de modo que si vais armados, mejor dejéis todo lo que llevéis en esa bandeja que está a la derecha.

Efectivamente, había una bandeja como las existentes en muchos aeropuertos para que se depositen encendedores, llaves o cualquier objeto de hierro, acero y metales que puedan ser detectados por el controlador de armas.

— ¡No llevamos armas, yo jamás las uso! Bueno, en alguna ocasión quizá he tenido alguna en mis manos, pero nunca para atacar a mí prójimo.

—Excelente. Puedes pasar y los detectores serán los que digan la última palabra.

Pasó primero Taymi y lo hizo sin dificultad alguna. Luego pasó Savage y Surinow quedó asombrado. Con una sonrisa comentó:

—Es increíble, no lleváis encima ni el más mínimo trozo de metal.

—Así es; suelo decir la verdad —le advirtió Savage.

—Estos sensores son tan fiables que hubieran detectado una muela de oro si la llevarais. Seguidme.

Fueron tras él, adentrándose en la gran sala. Al fondo había una especie de trono al estilo de los utilizados por los mandarines. Allí había varias chicas que cuchichearon entre ellas, todas eran jóvenes y hermosas.

Surinow hizo una señal con la mano y una de las muchachas hizo sonar un *gong* de pulido bronce. Al poco, por una puerta lateral, aparecieron dos orientales fornidos y, tras ellos, un hombre que parecía casi un anciano. Estaba grueso y su cabeza brillaba por la calvicie, mientras que su barba era larga, gris y estrecha.

Avanzó sin mirar a sus visitantes hasta acomodarse en su trono y una vez sentado, les miró. Efectuó una ligera inclinación de cabeza, a la que Savage y Taymi correspondieron.

—Bien venidos a mí palacio, os estaba esperando. Sabía que terminaríais por llegar. Desgraciadamente, cuando se contrata a gente no siempre pueden ser inteligente o, por lo menos, tan sagaces y luchadores como vosotros —les dijo muy seguro de sí mismo y muy metido en su papel de gran mandarín.

—Beetle Chieng, antes de venir aquí me he informado sobre usted. Todo lo que le rodea es una mascarada.

— ¿Por qué?

—Sé muy bien que usted nació en California.

—Soy chino —puntualizó un tanto nervioso.

—Descendiente de chinos, y le apodaron Beetle porque se dedicaba a recoger la basura que otros desechaban.

—Eso son infundios.

—No lo creo, será fácil demostrarlo. También sé que usted es el propietario de una cadena de restaurantes chinos en San Francisco, Sacramento, Los Ángeles y San Diego, y eso es lo que le ha dado la fortuna, el poder que ahora tiene,

—América, la gran América, es el país para que hagan fortuna los hombres con instinto.

—Eso lo dejaremos aparte, Beetle Chieng. Usted ha subido muy alto y parece que se ha destapado su paranoia.

— ¿Paranoia? ¿Me estás llamando loco?

—Puede, pero eso mejor lo dirá un siquiatra. Está viviendo aquí como los mandarines chinos hace cien años, imponiendo su poder y su demagogia sobre los demás con un caduco feudalismo oriental. Seguro que considera a esas muchachas como sus esclavas.

— ¿Esclavas? Nadie ha hablado de esclavitud. Ellas están aquí mejor que en cualquier burdel de San Francisco, que es donde estarían de no haberlas recogido yo en mi mansión. Aquí comen y viven, sin faltarles nada.

—Seguro que se las trajo de niñas y vírgenes, si no, no le interesaban. A mí no me engaña, Beetle Chieng, sé lo que hacen la clase de sujetos como usted con su apariencia honorable.

—Sé que eres un reportero de la prensa amarilla, Savage, pero a mí no me inquietas.

—Mi compañera y yo hemos venido para pedirle que devuelva el templo de Kwan Wing, que está robando al gran pueblo indochino.

—No sé de qué me hablas.

—Es inútil negarlo —advirtió Taymi.

—Bien, bien, el templo de Kwan Wing lo construyeron mis ancestros en unas expediciones, hace milenios que se internaron hacia el sur.

—Eso se lo inventa —replicó Taymi, cortante.

—Puede que el templo de Kwan Wing tenga algo de la cultura china, pero yo le diré algo más concreto.

—Veamos —pidió el señor de aquella mansión, que ansiaba retroceder hacia las costumbres del pasado.

—Usted, en su paranoia, pretende tener aquí su propio templo. Quiere convertir este valle en un pedazo de China porque, en el fondo, se siente rechazado por la raza blanca americana, y como sabe muy bien que no conseguiría arrancar ningún templo de la China comunista, porque allí no valdrían sus estratagemas, ha escogido otro país donde el imperialismo yanqui puede meter mano, donde sus

dólares valen mucho. Sobornando, compró el templo de Kwan Wing, un monumento que pertenece al país del que pretende robarlo.

—Eres muy agresivo, Savage...

Dio un par de palmadas y todas las chicas desaparecieron, callándose. Luego, Beetle Chieng se levantó de su trono y pidió:

—Seguidme.

Todos se pusieron en marcha y salieron de la mansión. Al llegar al arbolado, los guardaespaldas se armaron de escopetas.

—Es por si aparecen las fieras. Tengo leopardos y también algunas serpientes pitón y animales herbívoros para que puedan alimentarse. Esto viene a ser como uno de esos parques zoológicos abiertos a los coches, inventados por el alemán Goesriep Hagenbeck, pero no hay nada que temer, controlamos perfectamente la zona.

Savage comprendió que, de esta forma, si entraba algún intruso sería atacado por las fieras y desaparecería en sus estómagos.

Tras caminar un cuarto de hora entre aquella especie de selva levantada por jardineros orientales, encontraron una edificación y, al verla, Taymi exclamó:

— ¡El templo de Kwan Wing! ¡Si no puede ser; no han tenido tiempo de traerlo y montarlo!

— Este no es el templo de Kwan Wing, sólo es una reproducción en cartón piedra.

—Tienes razón, Savage, es una reproducción en cartón piedra, como las que se hacen para filmar películas históricas. Una buena imitación, pero no es el auténtico, y yo, si lo pago, tengo derecho a poseer el verdadero.

—No, ni aun pagándolo tiene derecho, porque hay cosas que no son vendibles, como el patrimonio de un pueblo.

El oriental Beetle Chieng se rio en «je» y luego exclamó:

— ¡Qué iluso! Seguidme.

Se introdujeron en el templo. Surinow cerraba la marcha.

Beetle Chieng avanzó hacia el altar, la parte noble del templo que debía estar presidida por un buda de bronce con ojos de oro. Se volvió hacia ellos, que se habían detenido, y pidió:

—Muchacha, tú espera y tú, Savage, acércate y verás la grandeza de este templo.

Savage caminó por el centro de la nave y, de pronto, fue accionado un resorte. El suelo se movió espectacularmente y de forma brusca, accionados por potentes muelles, se elevaron cuatro paneles del suelo, formando una caja. Uno de los paneles era doble y se plegó, cubriendo las cuatro paredes para constituir la tapa de la gruesa caja de madera con herrajes que la convertían en tan sólida como para sujetar animales salvajes.

— ¡Savage! —gritó Taymi.

Corrió hacia la gran caja y la golpeó con sus puños, impotente, mientras Beetle Chieng y Surinow se reían.

Este último dijo:

—Nos divertiremos con él y también contigo.

Avanzó hacia la joven, cogiéndola por el brazo.

— *¡Kiaiii!...*

El *kiai* de Taymi fue agudo y sorprendió a Surinow, que encajó un doble *haito-uchi.* Los cantos de las manos de Taymi golpearon el cuello de Surinow a derecha e izquierda, derribándole.

— ¡Sujetadla! —ordenó el viejo Beetle Chieng.

Los dos hombres armados la apuntaron, mientras Surinow se reponía.

De pronto, sucedió algo increíble, algo inimaginable, fue como si todo el templo se hubiera llenado de energía vital, algo que brotaba de la caja-trampa que se hallaba en el centro de la nave.

—*Kiaiii...*

El kiai de Savageno se pudo oír, mas todos lo sintieron y sus pieles se pusieron de gallina. La caja crujió, astillándose. Savage había arremetido con sus pies contra una de las paredes de la caja después de haberse reconcentrado para sacar de su *Ki* toda la energía que él podía almacenar.

Al ver reventarse la caja, que parecía de alta seguridad, cogieron miedo y los hombres armados dispararon contra la madera. Taymi arremetió contra ellos con un espectacular ataque de Tae Kwon Do.

— *¡Kiaiiii*...!

Sus fabulosas patadas hicieron saltar las armas de las manos y Beetle Chieng, asustado y atónito ante aquel despliegue de energía, gritó:

— ¡Matadlos, matadlos!...

Y escapó corriendo por una salida posterior.

Savage brotó de entre las maderas, que no resistieron su empuje, y salió impulsado con las maños por delante hacia Surinow, que le hacía frente. Las puntas de sus dedos en *tegatana* se hundieron contra el pecho de Surinow, partiéndole las costillas.

— ¡Agggg!...

Taymi derribó a uno de los que antes habían estado armados, mientras el otro se alejaba corriendo.

— ¿Y Beetle Chieng? —preguntó Savage.

— ¡Se ha ido por atrás!

— ¡Vamos tras él!

Salieron corriendo en busca del mandarín del siglo XX en California, y unos cien pasos más lejos se detuvieron, espantados. Taymi volvió la cabeza para no ver tan desagradable espectáculo.

— ¡Qué horror!

¡Dos leopardos estaban devorando a Beetle Chieng! Lo habían convertido en su presa y, por su obesidad y vejez, había sido fácil de capturar por las garras y colmillos de las fieras.

Los dos bellos leopardos se volvieron hacia la pareja y gruñeron en advertencia para que no se acercaran a lo que ya consideraban su alimento.

— ¡Vámonos, Taymi!

Cogidos de la mano corrieron entre la espesa selva. Savage sabía muy bien hacia dónde se dirigía.

Una gran pitón les vio pasar, no llegó a atacarles, y unos ciervos huyeron ante el ruido que producían al avanzar entre el follaje. Al fin, llegaron a la cerca tras la cual esperaba el gran «Daymio».

— ¡Juanito, adelante!

— ¡Ahí vamos, Savage!

El gran «Daymio» avanzó, aplastando la cerca y por encima de los alambres derribados salieron Taymi y Savage, quienes se precipitaron a subir al coche, que retrocedió y se alejó rodando entre la maraña vegetal como si fuera un *jeep.*

—Hay que llegar al primer teléfono de carretera y avisar a las autoridades de ese derribo de valía, con el peligro de fuga de los animales salvajes de Beetle Chieng. Descubrirán cómo ha sido su muerte y todos admitirán que no se puede jugar con animales salvajes.

—Pero ¿cómo podremos recuperar el templo?

—No tengas miedo, Taymi. Haré un reportaje denunciando lo ocurrido y en él pediremos a los estudiantes de tu país que vayan a por las piedras del templo almacenado en el muelle. Lo reconstruirán, seguro. Muerto el funcionario Letse Fuwong y también Beetle Chieng, las propias autoridades de tu país aprobarán la actuación de los estudiantes y dirán que se va a abrir una investigación. Todo saldrá bien, Taymi, ya lo verás —le dijo mientras el «Daymio» rodaba por la montaña abierta, sin problemas. Otros coches hubieran quedado atascados.

* * *

Taymi, unos meses más tarde, ya en su país, pudo entrar de nuevo en el reconstruido templo de Kwan Wing, Sólo notó una cosa a faltar: a Moses Pacific Savage, que debía hallarse ya en alguna otra parte del mundo para denunciar nuevos hechos que nadie se atrevía a sacar a la luz.

F I N

